HIRAM
JAKOB
EL SONIDO
VERIFICACIÓN
EL SONIDO DEL TIEMPO
SALVADOR RANGEL ABUD

EL SONIDO DEL TEMPLO

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

El aire seco de Jerusalén no solo envolvía, sino que parecía imponerse con una presencia más antigua y más persistente que cualquier arquitectura moderna.

El sonido del Templo es la historia de Benjamín Klintsmann, arqueólogo judío alemán criado por su abuela Hanna después de que sus padres murieran en Dachau, que hereda de ella un anillo masónico y una instrucción sin mapa: hay algo en el mundo que espera ser encontrado, algo que preserva lo que no debe perderse, y cuando lo encuentres lo reconocerás. No con la cabeza. Con otra cosa. Cuarenta años después, Benjamín adquiere una propiedad en las inmediaciones del Monte del Templo de Jerusalén, desciende ilegalmente a una cavidad que no figura en ningún registro, y encuentra una campana de metal de aleación imposible con inscripciones fenicias y caracteres de un sistema de escritura anterior a todos los conocidos. Lo que sigue no es un triunfo arqueológico sino un dilema moral: el objeto produce efectos verificables en quienes lo necesitan, el mundo exterior se acerca desde tres direcciones simultáneas, y Benjamín descubre que el único para quien la campana no funciona es él mismo.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene excavaciones no autorizadas bajo uno de los metros cuadrados de subsuelo más políticamente sensibles del mundo, una herencia familiar interrumpida por Dachau, efectos clínicos inexplicables que ningún médico puede refutar ni explicar completamente, presiones institucionales de tres tradiciones religiosas simultáneas, y un dilema moral que no tiene resolución satisfactoria para ninguna de las partes involucradas.

No hay villanos. Hay instituciones con intereses legítimos incompatibles entre sí, y un hombre solo con un objeto que no sabe si debía haber permanecido oculto.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El sonido del Templo

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Thriller arqueológico / Novela de ideas / Ficción histórica contemporánea

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Ambientación: Múnich, Berlín, Jerusalén, Londres, Edimburgo, Roma

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de dos preguntas que llevan siglos haciéndose en paralelo sin que nadie las haya unificado del todo: ¿qué ocurrió con los objetos del Primer Templo de Salomón antes de la destrucción babilónica de 586 antes de Cristo? Y ¿qué hace un hombre con algo que encuentra después de haberlo buscado toda su vida cuando descubre que encontrarlo no era suficiente?

La primera pregunta es arqueológica e histórica. La segunda es personal y moral. *El sonido del Templo* es el territorio donde las dos preguntas se vuelven la misma pregunta.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

Templo de Salomón · arqueología · Jerusalén · Dachau · masonería · Hiram Abif · Monte del Templo · thriller arqueológico · objeto ritual · dilema moral · herencia · Irving Wallace · novela de ideas · Israel · inscripciones fenicias · novela en español

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre arqueología sino sobre la herencia y sus costos. A lo largo de sus doce capítulos, *El sonido del Templo* explora el peso de lo que se transmite sin instrucciones completas, cuando una abuela le da a un niño de doce años un anillo y una orientación sin mapa y ese niño dedica cuarenta

años a descifrarlos. Explora también la tensión entre el conocimiento que libera y el poder que concentra, porque un objeto que funciona pero no puede ser controlado ni reproducido industrialmente es exactamente el tipo de hallazgo que los sistemas no toleran sin intentar administrarlo. Y explora, en su capa más profunda, la paradoja de quien busca algo durante toda una vida y descubre en el momento del hallazgo que el verdadero obstáculo nunca estuvo en el objeto sino en sí mismo.

CITAS DESTACADAS

"Hay algo en el mundo que espera ser encontrado, algo que preserva lo que no debe perderse. Cuando lo encuentres lo reconocerás. No con la cabeza. Con otra cosa."

"El Imperio trajo mucha gente a estas islas, señor Sterling-Grant. Algunas de esas historias quedaron en los registros. Otras se quedaron en la sangre." *(Esta cita pertenece a El color de la sangre; en su lugar:)*

"El sonido completa lo que la piedra no puede contener."

"Lo que no resuelve sino que atenúa genera dependencia. Y la dependencia de algo que no puede controlarse ni distribuirse es exactamente el tipo de poder que los sistemas no toleran."

"Jakob llegó hasta aquí."

"El objeto puede ser confiscado. La documentación no puede dejar de serlo. Lo que se publica no puede ser no publicado."

"No en los objetos que las contienen sino en las personas que las entienden y las continúan."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *El sonido del Templo* un territorio narrativo cercano, con el rigor documental y la herida personal que le son propios.

Irving Wallace (*El Documento R*, *La Palabra*): la investigación histórica integrada en la narrativa sin que el peso del dato aplaste al personaje, la tensión institucional construida mediante la acumulación de presiones externas, el dilema moral en el centro que ningún desenlace resuelve completamente.

Umberto Eco (*El nombre de la rosa*): el erudito obsesivo que busca en los márgenes de lo conocido, la biblioteca como metáfora del conocimiento que se oculta a sí mismo, la pregunta sobre si ciertos saberes deben o no ser accesibles.

Daniel Silva (*La serie Gabriel Allon*): Jerusalén como campo de fuerzas donde las tradiciones religiosas y los intereses políticos coexisten con una tensión que nunca estalla del todo pero que nunca cesa, el protagonista que opera en los límites de lo que los sistemas autorizan.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Benjamín decide publicar la documentación y aceptar la confiscación del objeto. ¿Cree usted que esa fue la decisión correcta? ¿Qué habría hecho con el objeto si hubiera sido él?

El objeto produce efectos verificables en todos los presentes menos en Benjamín, que es quien lo encontró. ¿Qué dice eso sobre la relación entre la búsqueda y el hallazgo?

Jakob Klintsmann murió en Dachau antes de terminar lo que había empezado. ¿Puede completarse el recorrido de otra persona, o cada búsqueda es intransferible?

El padre Bruckner advierte que publicar los datos clínicos puede generar intentos de reproducir industrialmente los efectos del objeto. ¿Tiene razón en su preocupación? ¿Cambia eso la decisión de Benjamín?

La novela termina con el anillo sobre el alféizar de la ventana de Schwabing. ¿Qué significa ese gesto? ¿Es un final o un principio?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). El sonido del Templo. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *El sonido del Templo*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *El sonido del Templo*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ficción especulativa de denuncia política, la novela literaria de identidad racial y — como demuestra esta entrega — el thriller arqueológico de ideas con dimensión filosófica y herida personal profunda.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

El Primer Templo de Salomón fue destruido en 586 antes de Cristo. Lo que contenía desapareció. O no desapareció del todo, que es una diferencia que veintisiete siglos de tradición, de búsqueda, de ocultamiento deliberado y de transmisión fragmentaria sugieren que importa más de lo que cualquier institución está dispuesta a admitir.

Esta novela no afirma que el Arca de la Alianza existe ni que ningún objeto sobrenatural aguarda bajo el Monte del Templo de Jerusalén. Afirma algo más modesto y más inquietante: que hay preguntas que nadie ha querido hacer con suficiente rigor, y que las preguntas sin respuesta no desaparecen cuando se decide no hacerlas. Permanecen. Esperan.

Como todo lo que importa de verdad.

ÍNDICE

PRÓLOGO: El Anillo
EPISODIO 1: El Investigador
CAPÍTULO 2: La adquisición
CAPÍTULO 3: La anomalía
CAPÍTULO 4: El descenso
CAPÍTULO 5: Los papiros
CAPÍTULO 6: Hiram
CAPÍTULO 7: La campana
CAPÍTULO 8: La verificación
CAPÍTULO 9: Las condiciones
CAPÍTULO 10: El mundo exterior
CAPÍTULO 11: El uso

CAPÍTULO 12: El dilema
EPÍLOGO: Lo que preserva

EL SONIDO DEL TEMPLO
Por: Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO
El anillo

Múnich, noviembre de 1987

Tenía doce años y el apartamento olía a medicamentos y a algo más antiguo que los medicamentos, a ese olor específico de los espacios donde alguien lleva demasiado tiempo despidiéndose de las cosas sin terminar de hacerlo.

Benjamín Klintsmann se sentó en el borde de la cama de su abuela Hanna con la precaución de los niños que han aprendido que ciertos cuerpos son frágiles y que esa fragilidad no admite descuido, y la miró con esa atención particular que los doce años permiten todavía, cuando uno no ha aprendido aún a disimular que está mirando.

Hanna tenía ochenta y un años y el pelo completamente blanco y las manos sobre la colcha con una quietud que no era debilidad sino algo más parecido a la economía de quien ha aprendido a no gastar lo que no va a recuperar. Afuera, los tejados de Schwabing acumulaban la primera niebla de noviembre con esa indiferencia característica de Múnich para con sus propios inviernos.

—Benjamín —dijo ella, en el alemán suave con que siempre le hablaba, ese alemán que llevaba adentro otro idioma más antiguo que asomaba a veces en la entonación—, quiero darte algo.

Él esperó. Había aprendido a esperar con su abuela porque ella no toleraba que la apresuraran, y porque lo que decía cuando llegaba al punto siempre valía el tiempo que tardaba en llegar.

Hanna llevó la mano derecha hacia la mesilla de noche con una lentitud que no era torpeza sino deliberación, abrió el cajón, y sacó un objeto que Benjamín había visto antes sin haberle prestado nunca la atención que merecía: un anillo de metal oscuro, más pesado de lo que su tamaño sugería, con una calavera en relieve sobre un triángulo invertido cuya geometría era demasiado precisa para ser decorativa.

—Era de tu abuelo Jakob —dijo.

Benjamín lo tomó entre los dedos. El metal estaba frío a pesar de haber permanecido en el cajón cerrado, lo cual le pareció una rareza que no supo cómo clasificar.

—¿Por qué me lo das ahora?

Hanna lo miró durante un momento con esa expresión suya de quien calcula no lo que va a decir sino cuánto de lo que sabe puede decirse.

—Porque ya tienes la edad —dijo—. Y porque no sé cuánto tiempo voy a seguir siendo la persona indicada para guardarlo.

—¿Qué significa? —preguntó él, girando el anillo bajo la luz escasa de la lámpara de la mesilla—. El dibujo.

—Significa que tu abuelo pertenecía a una orden de hombres que creían que ciertas cosas no deben perderse aunque el mundo intente destruirlas. —Hizo una pausa—. Y el mundo lo intentó. Ya sabes lo que pasó.

Lo sabía. O sabía la versión que los niños de doce años pueden saber de Dachau, que no es la versión completa pero que es suficiente para que la palabra tenga un peso específico que otras palabras no tienen.

—¿Jakob llegó a encontrar lo que buscaba?

Hanna tardó en responder, y en esa tardanza Benjamín comprendió que la pregunta era más complicada de lo que parecía.

—No —dijo ella al fin—. No llegó. Lo interrumpieron antes. —Sus manos se movieron levemente sobre la colcha—. Pero lo que buscaba sigue ahí, Benjamín. Las cosas que importan de verdad no desaparecen porque alguien decida que deben desaparecer. Permanecen. Esperan.

—¿Qué buscaba?

—Algo que preserva lo que no debe perderse —dijo Hanna, con una precisión que sonaba a frase elegida durante años—. Un objeto. Antiguo. Más antiguo de lo que la mayoría de la gente estaría dispuesta a creer. —Lo miró con una intensidad que contrastaba con la quietud de su cuerpo—. No te voy a decir dónde ni exactamente qué, porque no lo sé con precisión, y porque lo que yo

te diga va a limitar lo que tú encuentres. Lo que sí te digo es que cuando estés frente a ello lo reconocerás. No con la cabeza. Con otra cosa.

Benjamín miró el anillo.

—¿Por qué yo?

—Porque eres el único que queda —dijo Hanna, sin tristeza, con la neutralidad de los hechos—. Y porque llevas dentro algo de Jakob que yo reconozco cuando te miro, que es esa manera tuya de no poder dejar un problema sin resolver aunque te cueste todo lo demás. —Una pausa—. Eso en Jakob era una virtud y también fue lo que lo mató. En ti puede ser solo una virtud si aprendes a elegir bien los problemas.

Benjamín no supo qué responder a eso. Los doce años no preparan para ese tipo de responsabilidad.

—¿Dónde lo busco?

Hanna cerró los ojos durante un momento, como si necesitara acceder a algo que no estaba en la superficie de la memoria sino más abajo.

—Donde todo comenzó —dijo—. En el lugar donde las tres fes del mundo se disputan el mismo suelo y ninguna termina de ganar. —Abrió los ojos—. Cuando llegues ahí sabrás que es ahí. Jakob lo supo. Tú también lo sabrás.

Benjamín guardó el anillo en el bolsillo de su chaqueta, donde lo sintió inmediatamente como algo que siempre hubiera debido estar ahí. Se quedó sentado junto a su abuela durante un tiempo más, sin hablar, mientras afuera la niebla de noviembre terminaba de instalarse sobre los tejados de Múnich con esa paciencia de las cosas que saben que tienen tiempo.

Hanna murió cuatro meses después, en marzo de 1988, en esa misma cama, con la mesilla vacía porque el cajón ya no tenía nada que guardar.

Benjamín tenía el anillo.

Y tenía una instrucción que no era exactamente una instrucción sino algo más parecido a una orientación, una dirección sin mapa, que es la única forma en que se transmiten las cosas que importan de verdad.

Tardó cuarenta años en entender adónde apuntaba.

Pero siempre supo que apuntaba a algún sitio.

CAPÍTULO 1

El investigador

Berlín y Jerusalén, presente

La oficina de Benjamín Klintsmann en el edificio de Ciencias Históricas de la Freie Universität ocupaba un espacio que sus colegas describían, con esa mezcla de afecto e irritación que producen los desórdenes ajenos, como un archivo sin sistema. Él lo describiría de otra manera: como el único lugar donde las cosas estaban exactamente donde debían estar, aunque ese dónde solo fuera legible para él. Sobre la mesa principal, tres estratos de

documentos que correspondían a tres décadas de investigación sobre el período del Primer Templo.

En las estanterías, monografías en alemán, inglés, hebreo y arameo abiertos en páginas señaladas con tiras de papel que nadie más sabía descifrar. En el suelo, junto al escritorio, una caja de cartón con fotocopias de manuscritos que la biblioteca de la Universidad Hebrea de Jerusalén le había enviado seis semanas antes y que todavía no había catalogado porque catalogarlas requería un orden que no tenía todavía.

Tenía cincuenta y dos años y el pelo entrecano y esa manera de moverse por los espacios estrechos que adquieren los que pasan la mayor parte de su vida entre libros: con una eficiencia casi coreográfica, sin desperdiciar movimientos, como si el cuerpo hubiera aprendido a ocupar exactamente el espacio que necesita y no un centímetro más.

Llevaba el anillo en el dedo índice de la mano izquierda, donde lo llevaba desde los dieciséis años, cuando sus dedos habían crecido lo suficiente para sostenerlo sin que se cayera. Sus estudiantes lo habían preguntado una vez, al principio de un seminario, qué significaba el símbolo. Él los había mirado durante un segundo y había comenzado la clase sobre el período salomónico sin responder, lo cual era también una respuesta.

Veinticinco años de publicaciones sobre el Primer Templo. Una monografía que había circulado en los círculos especializados con ese tipo de respeto cauto que se reserva para los trabajos que son rigurosos en su método pero incómodos en sus conclusiones. Artículos en el *Journal of Biblical Literature*, en *Vetus Testamentum*, en la *Zeitschrift für die Alttestamentliche Wissenschaft*. Una reputación sólida y ligeramente excéntrica, del tipo que en la academia alemana significa que tus colegas te invitan a los congresos pero no te piden que formes parte de los comités, porque los comités requieren consenso y Benjamín Klintsmann era conocido por su incapacidad constitucional para el consenso cuando el consenso implicaba dejar sin examinar algo que podía examinarse.

La pregunta central de toda su obra, formulada de distintas maneras en distintos contextos pero siempre la misma pregunta en el fondo, era esta: si algo del Primer Templo sobrevivió a la destrucción babilónica de 586 antes de Cristo, no como edificio sino como objeto o conjunto de objetos de significación ritual, y ese algo fue ocultado de manera deliberada antes o durante la destrucción, ¿qué tipo de evidencia habría dejado ese ocultamiento y dónde debería buscarse?

Sus colegas consideraban la pregunta legítima en abstracto e imprudente en la práctica, porque conducía inevitablemente a un territorio donde la arqueología se mezclaba con la teología y la política de una manera que ningún investigador serio podía manejar sin daño colateral para su reputación. Benjamín lo sabía. Lo había sabido desde el principio. Y había seguido de todas formas, con esa persistencia suya que sus estudiantes admiraban y que sus pares encontraban entre estimulante y agotadora,

porque había algo en él que no podía dejar un problema sin resolver aunque el costo fuera considerable.

Había heredado eso de alguien. Lo sabía. No necesitaba examinarlo más de lo que ya lo había examinado.

La llamada llegó un martes por la tarde, mientras revisaba las fotocopias de la caja de cartón con una taza de café que llevaba dos horas enfriándose sobre la mesa sin que él lo hubiera notado. Era Avi Shalev, un contacto en Jerusalén, abogado especializado en transacciones inmobiliarias complejas, que llevaba tres años buscando discretamente lo que Benjamín le había pedido que buscara: una propiedad en las inmediaciones del Monte del Templo con subsuelo accesible y propietario dispuesto a vender sin hacer demasiadas preguntas sobre el uso previsto.

—Apareció algo —dijo Avi, sin preámbulo, que era su estilo habitual—. No es perfecto. Pero es lo más cercano que has pedido que existe.

Benjamín dejó las fotocopias sobre la mesa.

—Cuéntame.

Avi le contó. Mientras escuchaba, Benjamín giró inconscientemente el anillo en el dedo, que era el gesto que hacía cuando procesaba algo que importaba. Cuando Avi terminó, hubo un silencio de unos cuatro segundos que el abogado, que lo conocía bien, no intentó llenar.

—Reserva los papeles —dijo Benjamín—. Voy la semana próxima.

No dudó. No había nada que dudar. Había esperado demasiado tiempo para llegar hasta ahí como para detenerse ahora en los detalles.

Aterrizó en Ben Gurion en una mañana de octubre clara y seca, recogió el equipaje con la eficiencia de quien ha aprendido que los aeropuertos son territorios de tránsito y no merecen más atención que la estrictamente necesaria, y tomó el autobús expreso hacia Jerusalén porque el autobús le daba cuarenta minutos para mirar el paisaje de la Séfela sin la obligación de hablar con nadie.

Llegó al hotel de la calle King David en las primeras horas de la tarde, dejó la maleta en la habitación sin deshacer, y salió.

Abandonó el vestíbulo con la serenidad de quien ha decidido no apresurar un trayecto cuyo sentido aún no termina de comprender, y al cruzar la puerta sintió de inmediato el contraste entre el orden contenido del interior —el mármol pulido, el silencio regulado, la atmósfera cuidadosamente diseñada para excluir toda perturbación— y el aire seco de Jerusalén, que no solo envolvía, sino que parecía imponerse con una presencia más antigua y más persistente que cualquier arquitectura moderna.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, observando la ciudad que se extendía frente a él, consciente de que no se trataba de un espacio que pudiera recorrerse como cualquier otro, ya que en Jerusalén cada calle, cada muro y cada sombra parecían participar de una continuidad histórica que no se ofrecía de manera explícita, pero que podía percibirse en la forma en que

la luz incidía sobre la piedra caliza, arrancándole un tono dorado que variaba con las horas y que confería a los edificios una apariencia casi orgánica, como si la ciudad no hubiera sido construida, sino depositada lentamente por el tiempo.

Comenzó a avanzar hacia el este, descendiendo por una pendiente apenas perceptible que lo condujo a través de zonas donde la vida contemporánea aún conservaba cierta regularidad, con calles relativamente amplias y espacios ajardinados que daban la impresión de pertenecer a una ciudad distinta, más reciente, aunque esa impresión se desvanecía gradualmente a medida que el entorno comenzaba a mostrar señales de una transformación progresiva, perceptible en la disposición irregular de las construcciones y en la creciente mezcla de voces, idiomas y acentos que se entrelazaban en un murmullo continuo.

Sabía que la distancia hasta su destino no era considerable, pero también entendía que ese cálculo carecía de relevancia en una ciudad donde el desplazamiento no podía medirse únicamente en términos de espacio, sino en función de la densidad histórica que cada tramo parecía concentrar, y por ello avanzó sin prisa, permitiéndose observar con detenimiento los detalles que, en otro contexto, habrían pasado inadvertidos.

Las murallas de la Ciudad Vieja aparecieron ante él con una solidez que no requería imponerse para resultar evidente, elevándose como una estructura concebida no solo para proteger, sino para contener una continuidad que el tiempo no había logrado disolver, y al aproximarse a ellas tuvo la impresión de que la ciudad que dejaba atrás y la que estaba a punto de atravesar no eran simplemente dos zonas distintas, sino dos formas de realidad que coexistían sin integrarse del todo.

Se dirigió hacia la Puerta de Jaffa con un paso constante, observando la manera en que la luz y el sonido parecían modificarse al acercarse al acceso, como si el umbral marcara no solo una transición física, sino un cambio más profundo en la experiencia misma del espacio.

Al cruzar la puerta, la transformación fue inmediata aunque difícil de precisar, ya que las calles se estrecharon hasta obligarlo a reducir el ritmo, el suelo irregular exigió una atención distinta en cada paso y el aire, más denso ahora, cargado de especias, polvo y humedad, creó una sensación de proximidad que contrastaba con la amplitud de los espacios que acababa de dejar atrás.

Avanzó por el entramado de callejuelas sin intentar imponer una dirección rígida, siguiendo en cambio la corriente de personas que parecía orientarse de manera natural hacia un punto de convergencia, mientras a ambos lados los comercios se sucedían en una continuidad ininterrumpida, ofreciendo una variedad de objetos y alimentos cuya disposición, aunque aparentemente caótica, respondía a una lógica que solo podía comprenderse desde dentro de ese mismo flujo.

A medida que se aproximaba, la densidad del entorno se hizo más evidente, no solo por la cantidad de personas, sino por una cualidad más difícil de definir, como si el espacio mismo estuviera cargado de una expectativa que no terminaba de resolverse, y cuando finalmente las calles cedieron y el área se abrió ante él, la presencia del Muro Occidental se impuso sin necesidad de anuncio previo.

Se detuvo a cierta distancia, observando a quienes se acercaban a la piedra con una concentración que excluía cualquier distracción, a quienes apoyaban la frente o introducían pequeños papeles en las grietas con un cuidado que sugería una forma de comunicación íntima, y comprendió que aquel lugar no admitía una mirada puramente externa, que implicaba una participación que él, por razones que aún no estaba dispuesto a examinar, prefirió evitar.

Continuó su camino hacia el acceso que conducía a la explanada superior, un paso controlado que imponía su propia lógica de tránsito, y comenzó a ascender con una lentitud que no respondía a la inclinación del terreno, sino a la conciencia creciente de que ese desplazamiento implicaba atravesar una frontera cuya naturaleza no era visible, pero sí perfectamente reconocible.

Al alcanzar la explanada, el espacio se abrió con una amplitud que contrastaba de manera radical con el encierro de las calles, extendiéndose en una superficie clara donde la luz se reflejaba con intensidad y el cielo parecía adquirir una presencia más inmediata, mientras en el centro la cúpula dorada se alzaba con una precisión geométrica que organizaba todo el entorno sin necesidad de imponerse.

Benjamín avanzó unos pasos y se detuvo, consciente de que se encontraba en un lugar cuya significación excedía cualquier descripción inmediata, y aunque no había restos visibles del edificio que, según la tradición, había ocupado ese mismo espacio, la ausencia misma parecía ejercer una presión difícil de ignorar, como si aquello que faltaba definiera con mayor fuerza lo que permanecía.

Se llevó la mano izquierda al pecho, sin pensarlo, con el gesto de quien busca confirmar que algo sigue en su lugar. El anillo estaba ahí, como siempre. Como había estado siempre desde que sus dedos crecieron lo suficiente para sostenerlo.

Pensó en Hanna. En el apartamento de Schwabing. En la lámpara de la mesilla y el cajón abierto y el metal frío entre los dedos de un niño de doce años que no sabía todavía lo que estaba recibiendo aunque lo sintiera como lo que era.

Donde todo comenzó, había dicho ella. *En el lugar donde las tres fes del mundo se disputan el mismo suelo y ninguna termina de ganar.*

Estaba aquí.

Había tardado cuarenta años en llegar, pero estaba aquí.

Fue entonces cuando comprendió, con una claridad que no había anticipado del todo aunque la hubiera esperado durante décadas, que el sentido de su

recorrido no residía en llegar a ese punto sino en lo que ese punto comenzaba a plantearle, una interrogación que no podía formular con precisión todavía pero que, a partir de ese momento, resultaría imposible eludir.

Al día siguiente firmó los papeles con Avi Shalev en una notaría del barrio de Rehavia.

La propiedad era suya.

El trabajo podía comenzar.

CAPÍTULO 2

La adquisición

Jerusalén, días después

La notaría de Avi Shalev estaba en el segundo piso de un edificio de piedra caliza en la calle Agron, a tres minutos a pie del hotel, en ese barrio de Rehavia donde Jerusalén occidental muestra su versión más ordenada y más europea, con fachadas limpias y árboles en las aceras y una atmósfera de profesionalidad discreta que contrastaba con la densidad de la Ciudad Vieja sin negarla, como si ambas versiones de la ciudad hubieran llegado a un acuerdo tácito de coexistencia que ninguna de las dos estaba dispuesta a examinar demasiado de cerca.

Avi era un hombre de unos sesenta años, delgado, con gafas de montura fina y esa manera de moverse en los espacios legales con la fluidez de quien conoce exactamente los límites de lo que puede hacerse y ha dedicado su carrera a operar con precisión dentro de esos límites sin cruzarlos innecesariamente. Había conocido a Benjamín quince años antes, en una conferencia sobre derecho inmobiliario y patrimonio arqueológico en Tel Aviv, donde Benjamín había dado una ponencia sobre los marcos legales que regulaban las excavaciones privadas en zonas de sensibilidad histórica.

La ponencia había resultado inusualmente práctica para ser académica, y Avi, que tenía el instinto de los que reconocen cuando alguien está preparando algo con más anticipación de la habitual, le había entregado su tarjeta al terminar sin decir nada más que: cuando necesite ayuda con la parte legal, llámeme.

Benjamín había tardado doce años en llamar. Avi no le preguntó por qué había tardado tanto.

—La propiedad —dijo Avi, abriendo la carpeta sobre la mesa con esa eficiencia suya de quien no desperdicia movimientos en los preámbulos— es técnicamente un almacén comercial en desuso, construido en 1923 sobre una base estructural de período otomano tardío. El propietario actual es una empresa de gestión inmobiliaria registrada en Chipre cuyos accionistas finales prefiero no conocer con demasiado detalle. Lo que importa es que están dispuestos a vender, el precio es razonable para la ubicación, y la documentación catastral no presenta irregularidades visibles.

—¿Visibles?

Avi lo miró por encima de las gafas con esa expresión suya de quien aprecia que el interlocutor haga las preguntas correctas.

—En Jerusalén —dijo—, la documentación catastral siempre presenta irregularidades no visibles. Eso es una constante geológica de esta ciudad, no una excepción. Lo que no hay son irregularidades que un tribunal pueda utilizar para impugnar la transacción dentro de un plazo razonable. Eso es lo que te garantizo.

—Es suficiente —dijo Benjamín.

Firmaron. El proceso tomó noventa minutos y produjo un volumen de papel que Benjamín consideró inversamente proporcional a su utilidad real pero que Avi manejó con la tranquilidad de quien sabe que el papel es el territorio donde ciertas batallas se ganan antes de que comiencen.

—Hay algo más —dijo Avi cuando la carpeta estaba cerrada y el notario había salido de la sala—. La Israel Antiquities Authority tiene un registro de la zona. Cualquier actividad de subsuelo que vaya más allá de los estudios geotécnicos estándar requiere notificación previa y puede requerir supervisión.

—Lo sé —dijo Benjamín.

—¿Y tienes los permisos para los estudios geotécnicos?

—Los tendré antes de que comiencen las perforaciones.

Avi lo miró durante un segundo.

—Benjamín —dijo, con el tono de alguien que va a decir algo que sabe que no cambiará nada pero que necesita decirlo de todas formas—, no sé exactamente qué estás buscando. Y he decidido que prefiero seguir sin saberlo. Pero lo que sí sé es que esta zona de la ciudad tiene el metro cuadrado de subsuelo más políticamente sensible del mundo, y que las instituciones que lo supervisan, la IAA, el Waqf, las autoridades municipales y media docena de organismos internacionales con intereses distintos, no distinguen entre la buena fe y sus consecuencias. Lo que haces con esa información es tu decisión.

—Gracias, Avi —dijo Benjamín.

—No me agradezcas —dijo Avi—. Cobra.

Salió a la calle con la carpeta bajo el brazo y caminó dos bloques antes de detenerse en un café donde pidió un té que no bebió mientras revisaba mentalmente la lista de personas que necesitaba convocar en las próximas semanas. Era una lista corta, porque Benjamín había aprendido hace tiempo que la discreción es una función directa del número de personas involucradas, y que cada persona adicional en una operación como esta no suma capacidad sino que multiplica el riesgo de filtración.

Rivka Alon era el primer nombre de la lista y el más complicado.

La había conocido seis años antes, en una excavación de período persa en las afueras de Be'er Sheva donde ambos participaban como investigadores invitados. Era arqueóloga de la Universidad Hebrea, especialista en el período del Hierro II, que era el período que correspondía al Primer Templo, y tenía una reputación en el campo que era exactamente lo que Benjamín necesitaba para darle legitimidad institucional local al proyecto: sólida, respetada, suficientemente independiente como para no estar comprometida con ninguna de las facciones académicas que habrían intentado administrar los hallazgos antes de que pudieran examinarse.

El problema con Rivka Alon era que era exactamente tan inteligente como parecía, lo cual significaba que no iba a aceptar un papel decorativo en ningún proyecto y que desde el primer momento iba a leer entre líneas de cualquier propuesta que Benjamín le presentara con la precisión de quien ha pasado años excavando capas de sedimento para encontrar lo que está debajo de lo que está debajo.

La llamó esa tarde.

—Rivka —dijo cuando ella contestó—, tengo un proyecto en Jerusalén que necesita una codirectora con tu perfil. Período del Hierro II, análisis de subsuelo, trabajos de documentación. Está bien financiado y la ubicación es interesante.

Un silencio breve.

—¿Qué tan interesante? —dijo ella.

—Inmediaciones del Monte del Templo.

Otro silencio, más largo.

—Benjamín —dijo Rivka, con ese tono suyo de quien elige las palabras con la misma cuidado con que elige los estratos que excavar—, la última vez que alguien me propuso algo descrito como interesante en las inmediaciones del Monte del Templo acabé pasando tres meses explicándole a la IAA que no habíamos intentado perforar bajo la Cúpula de la Roca.

—Esto es distinto.

—¿Distinto en qué sentido?

—En el sentido de que está bien documentado legalmente, tiene permisos en proceso y un propietario cooperativo. Y en el sentido de que sé lo que busco.

—¿Y qué buscas?

—Te lo cuento cuando llegues —dijo Benjamín—. Hay cosas que es mejor explicar con los papeles delante.

Hubo una pausa que Benjamín aprendió a leer como el momento en que Rivka Alon evaluaba una propuesta con la velocidad y la precisión de alguien que ha tomado suficientes decisiones difíciles como para no necesitar mucho tiempo para tomar una más.

—¿Cuándo empiezas? —dijo.

—Tres semanas.

—Estaré ahí en dos —dijo ella—. Quiero ver la propiedad antes de que llegue el equipo.

El segundo nombre de la lista era más delicado y por razones distintas.

Khalid Mansour era ingeniero geotécnico, palestino de Jerusalén Este, con una empresa de consultoría que trabajaba regularmente con el Waqf Islámico en proyectos de mantenimiento estructural de la explanada de las mezquitas. Benjamín lo había conocido a través de un contacto común en una conferencia sobre ingeniería de subsuelo en zonas de patrimonio, y lo que había aprendido de él en esa única conversación era suficiente para saber dos cosas: que era el profesional más competente disponible en Jerusalén para el tipo de trabajo que necesitaba, y que su presencia en el equipo era la única forma de operar en esa zona sin que el Waqf interpretara cualquier actividad de subsuelo como una intrusión en territorio bajo su custodia.

No era una contratación estratégica disfrazada de necesidad técnica. Era las dos cosas simultáneamente, que en Jerusalén era la única manera en que las cosas podían ser.

Khalid aceptó la propuesta con la parquedad de un hombre que evaluaba los proyectos por sus méritos técnicos y sus implicaciones prácticas sin necesidad de más información de la que el trabajo requería. Benjamín no supo si eso era confianza o reserva. Con el tiempo aprendería que en Khalid Mansour las dos cosas eran indistinguibles.

El tercer nombre no estaba en la lista oficial del proyecto.

El padre Anselm Bruckner era jesuita, alemán de Friburgo, y llevaba treinta años estudiando las tradiciones paralelas al canon bíblico con una erudición que la Compañía de Jesús consideraba un activo y que ciertos colegas académicos consideraban una excentricidad tolerada. Benjamín lo había conocido en la universidad, donde habían coincidido en un seminario sobre apócrifos del período del Segundo Templo, y desde entonces habían mantenido una correspondencia irregular pero densa, del tipo que existe entre dos personas que piensan en las mismas preguntas desde ángulos suficientemente distintos como para que la conversación nunca se agote.

No le llamó. Le envió un mensaje de tres palabras: *Estoy en Jerusalén.*

La respuesta llegó cuatro horas después, también de tres palabras: *Llego el jueves.*

Benjamín no se sorprendió. El padre Bruckner tenía esa costumbre de aparecer en los momentos relevantes con una puntualidad que sugería que llevaba tiempo esperando que llegaran, lo cual era probablemente verdad.

El jueves, cuando el jesuita apareció en el vestíbulo del hotel con su maletín de cuero gastado y esa expresión suya de turista distraído que no engañaba a nadie que lo conociera, Benjamín lo estaba esperando en uno de los

sillones de la recepción con dos tazas de café y los primeros documentos del proyecto extendidos sobre la mesa baja.

—Anselm —dijo.

—Benjamín —dijo el padre Bruckner, sentándose con la comodidad de quien ocupa un sillón que ya conoce aunque sea la primera vez que lo ve—. Cuéntame qué encontraste.

—Todavía no he encontrado nada —dijo Benjamín—. Acabo de comprar el terreno.

—Pero sabes lo que vas a encontrar —dijo el jesuita, tomando el café—. O al menos lo que esperas encontrar. Que no es lo mismo pero en tu caso es casi indistinguible.

Benjamín lo miró durante un momento.

—Sí —dijo—. Lo sé.

—¿Y cuándo me lo cuentas?

—Cuando tengamos algo más que una hipótesis —dijo Benjamín—. Tú mismo me enseñaste que las hipótesis son más útiles cuando no se verbalizan demasiado pronto.

El padre Bruckner sonrió con esa expresión suya de quien reconoce que le acaban de devolver un argumento propio.

—Entonces esperaré —dijo—. Tengo tiempo. Y Jerusalén es una ciudad que enseña a esperar mejor que ninguna otra.

Afuera, la tarde de octubre terminaba de instalarse sobre la piedra caliza con esa luz dorada que Benjamín había observado el día anterior desde la explanada, esa luz que hacía que todo pareciera más permanente de lo que era o quizás exactamente tan permanente como era, dependiendo de lo que uno creyera sobre la naturaleza del tiempo.

En tres semanas llegaría Rivka Alon.

Khalid Mansour había confirmado su disponibilidad para finales de mes.

El padre Bruckner estaba sentado frente a él bebiendo café con la paciencia de los jesuitas, que es una paciencia específica y muy bien entrenada.

Y bajo las calles de Jerusalén, en una cavidad que no figuraba en ningún registro y cuya orientación no correspondía a ninguna estructura conocida, algo esperaba con la paciencia mucho más antigua de las cosas que han estado esperando tanto tiempo que ya no distinguen entre esperar y existir.

Benjamín giró el anillo en el dedo.

El trabajo podía comenzar.

CAPÍTULO 3

La anomalía

Jerusalén, las excavaciones

Las primeras semanas de trabajo produjeron exactamente lo que se esperaba, que era también exactamente lo que Benjamín necesitaba que produjeran para mantener los permisos vigentes y la atención institucional en niveles manejables. Los estudios geotécnicos avanzaron con la regularidad de los procesos bien documentados: muestras de subsuelo, análisis estratigráficos, lecturas de georradar que Khalid Mansour supervisaba con esa atención suya de quien no da nada por supuesto aunque todo confirme lo esperado. Los informes semanales que Rivka Alon enviaba a la IAA eran modelos de precisión arqueológica: estratos del período herodiano en los primeros ocho metros, restos de infraestructura islámica medieval entre los cuatro y los seis, nada que justificara atención especial ni nada que pudiera interpretarse como desvío del protocolo autorizado.

La propiedad, vista desde afuera, tenía el aspecto de lo que legalmente era: una obra de restauración estructural con componente arqueológico, el tipo de proyecto que en Jerusalén ocurre con suficiente regularidad como para no despertar interés más allá del administrativo.

Los vecinos habían preguntado al principio, con la curiosidad cortés de quienes saben que en esta ciudad las obras no siempre son lo que parecen, y Rivka había respondido con la fluidez de quien ha dado esas explicaciones muchas veces: estudios de cimentación, documentación de estratos, nada que afectara la estructura de las propiedades adyacentes. La respuesta era verdadera en todos sus detalles y no decía nada de lo que importaba, que era también una forma de precisión.

Benjamín supervisaba cada turno con una paciencia que Rivka había empezado a leer, desde la segunda semana, como algo cualitativamente distinto a la paciencia. Lo había visto en otros investigadores, esa concentración específica de quien espera algo que sabe que va a llegar pero no sabe cuándo, y que produce una forma de atención sostenida que los observadores externos confunden con calma pero que por dentro es todo lo contrario: una tensión mantenida a temperatura constante durante semanas, como agua que se calienta sin llegar nunca a hervir.

Una tarde, mientras revisaban juntos los datos de una sesión de georradar en el perímetro norte de la propiedad, Rivka le preguntó sin rodeos:

—¿Qué esperas encontrar exactamente?

Benjamín no respondió de inmediato. Siguió mirando la pantalla donde los datos aparecían como bandas de color que representaban densidades distintas del subsuelo, con la expresión de quien lee un texto en un idioma que conoce bien pero que no siempre dice lo que uno quiere que diga.

—Una anomalía —dijo al fin.

—Eso no es una respuesta —dijo Rivka.

—Es la única respuesta honesta que tengo en este momento —dijo Benjamín —. Si te digo lo que espero encontrar antes de encontrarlo, empezarás a

verlo aunque no esté ahí. Y si no está ahí, necesito saberlo sin que nadie lo haya contaminado con sus expectativas.

Rivka lo miró durante un momento con esa expresión suya de quien evalúa si el argumento que acaba de escuchar es riguroso o conveniente y ha llegado a la conclusión de que es las dos cosas.

—De acuerdo —dijo—. Pero cuando aparezca tu anomalía, me lo cuentas todo.

—Cuando aparezca —dijo Benjamín—, no vas a necesitar que te lo cuente.

Khalid Mansour, que estaba al otro extremo de la mesa revisando las especificaciones de la perforación del día siguiente, no levantó la vista de sus papeles. Pero Rivka notó que había dejado de escribir en el momento exacto en que Benjamín dijo *cuando aparezca*, y que tardó varios segundos en retomar la escritura. Archivó esa observación sin comentarla.

La anomalía apareció un martes por la mañana, en la tercera semana de noviembre, durante una sesión de georradar de rutina en el sector más profundo del perímetro autorizado.

No fue espectacular. Eso era lo primero que Benjamín había aprendido en veinticinco años de arqueología: que los hallazgos importantes raramente anuncian su importancia de manera visible. Lo que apareció en los datos de Khalid era una desviación mínima en los patrones de densidad esperados, una variación en la reflectividad de las ondas que sugería una discontinuidad en el subsuelo a aproximadamente once metros de profundidad, en una zona que los registros previos clasificaban como roca madre sin particularidades.

La variación era suficientemente pequeña como para que un técnico menos experimentado la atribuyera a irregularidades naturales de la roca. Era suficientemente consistente en tres lecturas sucesivas como para que Khalid la marcara con una nota en su informe: *anomalía pendiente de verificación, probable cámara natural o bolsa de aire, sin correspondencia en registros previos.*

Benjamín leyó la nota tres veces.

Luego levantó la vista hacia Khalid, que estaba de pie junto al equipo con esa quietud suya de hombre que ha entregado un dato y espera ver qué hace quien lo recibe con él.

—¿Cuál es la orientación? —dijo Benjamín.

Khalid consultó sus notas.

—Norte-noreste, con una inclinación aproximada de ocho grados hacia el este —dijo—. No corresponde a ninguna estructura conocida del período herodiano. Tampoco a las cisternas islámicas medievales que están catalogadas en esta zona.

—¿Y al período anterior?

Una pausa breve.

—No hay registros suficientes del subsuelo anterior al período herodiano en este sector —dijo Khalid—. La documentación disponible no llega más allá del siglo primero antes de Cristo.

—Ya —dijo Benjamín.

Rivka estaba mirándolo. Benjamín lo sabía sin necesitar comprobarlo. Clasificó el dato en el informe de la semana con la descripción de Khalid, *probable cámara natural, verificación pendiente*, y dijo que continuarían con el protocolo establecido. Nadie en la sala dijo nada que se apartara de eso.

Esa noche, en su apartamento de la calle Ramban, Benjamín sacó el anillo y lo puso sobre la mesa junto a sus notas. Lo miraba a veces de esa manera, no como un objeto de análisis sino como un interlocutor que no hablaba pero que de alguna manera respondía. Era un hábito que se avergonzaría de mencionar en ningún contexto académico y que había practicado desde los dieciséis años sin necesidad de justificarlo ante nadie.

Abrió el cuaderno donde llevaba las anotaciones privadas del proyecto, las que no formaban parte de ningún informe oficial, y escribió: *Orientación N-NE, inclinación 8° E. No herodiana. No islámica medieval. Profundidad 11m. Dimensiones estimadas insuficientes todavía. La orientación es consistente con lo que los textos del Segundo Templo describen como la disposición de las cámaras de servicio del Primer Templo. No es prueba de nada. Es suficiente para continuar.*

Debajo de eso escribió algo que no formaba parte del análisis técnico: *Jakob. ¿Llegaste hasta aquí?*

No esperaba respuesta. La pregunta era para él, no para su abuelo muerto en Dachau ochenta años antes. Pero hacerla en voz baja, aunque fuera en el papel, era una manera de reconocer que lo que estaba haciendo no era solo arqueología y que pretender que lo era completamente habría sido una forma de deshonestidad que se había prometido evitar.

Cerró el cuaderno. Apagó la lámpara de la mesa. Se quedó un momento en la oscuridad del apartamento, con el ruido suave de la ciudad afuera y el anillo sobre la mesa captando lo que quedaba de luz desde la ventana.

Tomó una decisión que no verbalizó porque verbalizarla habría implicado examinarla, y examinarla habría implicado la posibilidad de reconsiderarla, y reconsiderarla no era algo que Benjamín Klintsmann pudiera hacer en ese momento con honestidad.

Continuaría más allá de lo autorizado.

No de inmediato. No sin preparación. Pero continuaría.

Era lo que había venido a hacer desde el principio. Era lo que Jakob no había podido hacer. Era, aunque nunca lo diría en esos términos ante ninguna institución ni ante ningún colega, lo que Hanna le había pedido que hiciera en un apartamento de Schwabing en noviembre de 1987, cuando le puso en la mano un anillo frío y le dijo que cuando encontrara lo que buscaba lo reconocería.

No con la cabeza. Con otra cosa.

La semana siguiente transcurrió en la normalidad documentada de las obras que avanzan según el protocolo. Benjamín instruyó al equipo para continuar con las perforaciones en los sectores norte y oeste, lejos de la anomalía, generando datos adicionales que justificaran la extensión temporal del proyecto ante la IAA.

Era un movimiento de paciencia calculada que requería sostener la apariencia de lo ordinario durante el tiempo necesario para preparar lo extraordinario, y Benjamín lo ejecutó con la misma concentración con que había ejecutado todo lo demás: sin señales visibles, sin variaciones en el ritmo habitual, sin nada que pudiera leerse como preparación de algo distinto a lo que los permisos describían.

Rivka Alon lo observaba. Benjamín lo sabía y lo aceptaba como parte del costo de tenerla en el proyecto, que era también el costo de tener el proyecto en condiciones de sobrevivir a cualquier escrutinio externo. Lo que Rivka veía era un investigador metódico que avanzaba con prudencia en un sitio sensible. Lo que Rivka intuía era algo más, pero la intuición no es evidencia, y Rivka era suficientemente rigurosa como para no actuar sobre intuiciones sin datos que las sostuvieran.

Por su parte, Khalid Mansour había presentado el informe de la anomalía al Waqf Islámico como parte de su reporte mensual de actividad geotécnica en la zona, que era su obligación contractual y profesional. El informe describía la anomalía con los mismos términos que había usado con Benjamín: probable cámara natural, verificación pendiente, sin correspondencia en registros previos. El Waqf había acusado recibo sin comentarios adicionales. Por el momento.

El padre Bruckner había alquilado un apartamento en el barrio cristiano de la Ciudad Vieja, cerca de la Iglesia del Santo Sepulcro, y pasaba sus mañanas en la Biblioteca Nacional de Israel consultando manuscritos que Benjamín le había pedido que localizara sin explicarle todavía por qué.

La lista incluía textos de la tradición rabínica tardía sobre los objetos del Templo, fragmentos de literatura apocalíptica del período del Segundo Templo, y tres documentos específicos relacionados con los rituales de los grados superiores de la masonería escocesa que el padre Bruckner había localizado con una facilidad que sugería que no era la primera vez que los buscaba.

Una tarde, tomando café en el apartamento de Benjamín, el jesuita puso sobre la mesa una fotocopia de un fragmento arameo del siglo tercero después de Cristo y señaló un pasaje con el índice.

—Lee esto —dijo.

Benjamín leyó. El fragmento describía, en el lenguaje elíptico y cargado de imágenes de la literatura apocalíptica, un objeto que había sido llevado fuera del Templo antes de la llegada de los babilonios, un objeto cuya función era

preservar algo que el texto llamaba *la voz del lugar santo*, y que había sido ocultado en un espacio que el texto describía como *debajo de donde el sol no llega pero la memoria sí*.

Benjamín leyó el pasaje dos veces. Luego lo dejó sobre la mesa con la cuidado de quien maneja algo que podría romperse aunque sea papel.

—¿De dónde es esto? —dijo.

—De la colección de manuscritos de la Biblioteca del Patriarcado Armenio de Jerusalén —dijo el padre Bruckner—. Catalogado como fragmento litúrgico menor, sin clasificación de contenido. Nadie lo ha estudiado en profundidad porque nadie ha tenido razones para buscarlo específicamente.

—Hasta ahora —dijo Benjamín.

—Hasta ahora —confirmó el jesuita.

Hubo un silencio entre los dos que no era incómodo sino del tipo que existe cuando dos personas acaban de reconocer que han llegado juntas a un punto desde el que el camino que sigue es diferente al que tenían antes.

—Anselm —dijo Benjamín—. Hay una anomalía en el subsuelo.

El padre Bruckner asintió despacio, como si no fuera una sorpresa pero sí una confirmación que había estado esperando.

—¿Cuándo bajas? —dijo.

—Cuando esté listo —dijo Benjamín—. Pronto.

Afuera, Jerusalén continuaba con la indiferencia eficiente de las ciudades que han visto demasiadas búsquedas para sobresaltarse con una más. La piedra caliza acumulaba la última luz de la tarde con esa paciencia suya de material que ha aprendido que la luz siempre regresa aunque no siempre traiga lo que uno espera.

Once metros más abajo, en una orientación N-NE con una inclinación de ocho grados hacia el este, algo seguía esperando.

Como llevaba esperando desde mucho antes de que Benjamín Klintsmann naciera.

Como seguiría esperando, si hacía falta, mucho después.

CAPÍTULO 4

El descenso

Bajo Jerusalén

Lo hizo un miércoles, a las dos de la madrugada, con dos personas.

La elección del horario no era arbitraria. A las dos de la madrugada en esa zona de Jerusalén el tráfico peatonal había cesado lo suficiente como para que cualquier movimiento en la propiedad fuera visible desde lejos, lo cual era a la vez un riesgo y una ventaja: un riesgo porque la visibilidad funcionaba en ambas direcciones, y una ventaja porque les daba tiempo de

reaccionar si alguien se aproximaba antes de que llegara. El miércoles porque era el día con menos actividad institucional en los organismos que supervisaban la zona, con la IAA en reunión de coordinación mensual y el personal de campo reducido a la mitad.

Las dos personas eran Dov Halévi y Marta Szymanska.

Dov era el técnico de perforaciones del equipo, un hombre de cuarenta y tantos años, nacido en Tel Aviv, con el tipo de lealtad práctica que se construye no sobre convicciones abstractas sino sobre años de trabajo compartido y la constatación de que la persona con quien trabajas hace las cosas como deben hacerse. Había trabajado con Benjamín en dos excavaciones anteriores y sabía, sin que nadie se lo hubiera dicho explícitamente, que lo que se le pedía en ciertas ocasiones tenía un margen de ambigüedad legal que era conveniente no examinar con demasiado detalle. Lo aceptaba como parte del oficio y cobraba en consecuencia.

Marta era la documentalista del proyecto, polaca de Cracovia, con un doctorado en arqueología clásica y una capacidad para el registro visual y descriptivo que Benjamín consideraba indispensable en cualquier situación donde lo que se viera por primera vez no pudiera verse por segunda vez en las mismas condiciones. Había llegado al proyecto tres semanas antes, contratada oficialmente para documentar los estratos del período herodiano, y había entendido desde el principio que su función real era más amplia, aunque nadie se la hubiera descrito con esa precisión.

Rivka Alon no estaba en la lista. Benjamín había considerado incluirla y había decidido que no, no por desconfianza hacia su competencia sino porque incluirla en una operación no autorizada la comprometía de una manera que no tenía derecho a hacer sin su consentimiento explícito, y pedirle ese consentimiento habría requerido explicarle todo lo que todavía no podía explicarle. Era una decisión que sabía que Rivka no aprobaría cuando la conociera, y que aceptó como parte del costo de lo que estaba haciendo.

El padre Bruckner tampoco estaba. El jesuita lo sabía, lo había aceptado con la ecuanimidad de quien entiende que hay etapas del proceso en que la presencia de demasiados testigos complica más de lo que ayuda, y había dicho simplemente: llámame cuando hayas bajado y vuelto. Benjamín lo llamaría. O no volvería, que era la otra posibilidad, aunque era una posibilidad que prefería no considerar con demasiado detalle.

Entraron a la propiedad por la puerta lateral, la que daba a un callejón sin salida entre dos edificios de apartamentos cuyos habitantes dormían con esa profundidad que produce el cansancio de las ciudades antiguas. Dov llevaba el equipo de perforación en una mochila que pesaba más de lo que parecía.

Marta llevaba la cámara y el equipo de iluminación portátil. Benjamín llevaba el cuaderno, una linterna de cabeza, y el anillo en el dedo, que era donde siempre lo llevaba y que esa noche sentía diferente, más presente, como si el metal hubiera adquirido una temperatura distinta a la habitual aunque la temperatura de la noche fuera la misma de siempre.

Trabajaron en silencio durante la primera hora, ampliando con la perforadora de baja vibración el acceso que los datos de georradar habían señalado como el punto de menor resistencia estructural entre la superficie y la cavidad. Era un trabajo técnico que Dov ejecutaba con la precisión de alguien que ha perforado suficiente roca en suficientes lugares como para que el proceso sea casi meditativo, y que Benjamín supervisaba desde una posición que le permitía ver tanto el avance de la perforación como la entrada al callejón por si algo se movía afuera.

Nada se movió.

A las tres y cuarto el acceso estaba abierto: un túnel de aproximadamente sesenta centímetros de diámetro, inclinado hacia abajo en el ángulo que Khalid había calculado para seguir la orientación de la anomalía, con paredes de roca que la linterna de Dov iluminaba en tramos de metro y medio. El aire que salía del túnel era frío y seco con una sequedad específica de los espacios cerrados que no han tenido contacto con la humedad exterior durante mucho tiempo, y llevaba adentro un olor que Benjamín clasificó mentalmente como piedra y tiempo, que era la única descripción que tenía para algo que no correspondía exactamente a ningún olor que hubiera encontrado antes en ninguna excavación.

—¿Bajamos? —dijo Dov, en voz baja aunque no había nadie que pudiera escucharlos.

—Bajamos —dijo Benjamín.

El descenso tomó once minutos. La inclinación del túnel era suficientemente gradual como para no requerir equipo de cuerda, pero suficientemente pronunciada como para que cada metro exigiera una atención física que Benjamín no había necesitado en años. A los tres metros la roca cambió de composición: de la caliza irregular de los estratos superiores a algo más compacto y más regular, con una superficie que la luz de la linterna mostraba demasiado lisa para ser natural. A los siete metros Marta, que iba detrás de Benjamín, dijo en un susurro:

—Hay marcas.

Benjamín se detuvo. Se giró. Marta iluminaba una sección de la pared lateral del túnel donde, a la altura de la cabeza, una serie de incisiones regulares atravesaban la roca en una dirección que no era decorativa sino funcional: demasiado precisas para ser accidentales, demasiado simples para ser inscripciones. Eran marcas de orientación, del tipo que los constructores de cualquier época hacen cuando trabajan en la oscuridad y necesitan saber dónde están respecto a dónde van.

—Documenta —dijo Benjamín.

Marta ya estaba fotografiando.

Continuaron. A los once metros el túnel se abrió.

No fue una apertura gradual. Fue un cambio abrupto, como si la roca hubiera decidido en un punto preciso dejar de ser un pasaje para convertirse en un

espacio, y ese cambio tuvo un efecto físico inmediato: el aire se hizo más amplio, la temperatura bajó dos o tres grados, y el sonido de sus propios movimientos adquirió una resonancia diferente que sugería un volumen considerablemente mayor que el del túnel.

Benjamín encendió la linterna de mayor potencia que llevaba en la mochila y apuntó hacia delante.

La cavidad tenía aproximadamente ocho metros de largo por cuatro de ancho y una altura irregular que oscilaba entre los dos metros y medio en el centro y el metro ochenta en los extremos. Las paredes eran de roca trabajada, no de roca natural, con una regularidad en la superficie que solo podía producirse mediante herramientas y decisión humana. El suelo era plano, demasiado plano para ser geológico, con una capa de polvo comprimido que el paso de los siglos había convertido en algo más parecido a una superficie que a un depósito.

No era una cámara natural.

Nunca lo había sido.

Benjamín permaneció inmóvil durante un tiempo que no midió, dejando que la linterna recorriera las paredes con la lentitud necesaria para que los ojos registraran lo que estaban viendo antes de que el cerebro intentara clasificarlo. Era una disciplina que había aprendido en sus primeras excavaciones y que consideraba la más importante de todas las que la arqueología enseña: ver antes de interpretar, porque la interpretación cierra puertas que la observación deja abiertas.

Lo que vio fue esto.

Las paredes mostraban en varios puntos señales de uso: áreas de desgaste en la roca a una altura consistente con el apoyo de objetos de determinado tamaño, marcas lineales en el suelo que sugerían la posición de estructuras que ya no estaban, y en la pared norte, la más alejada del punto de entrada, una serie de nichos excavados en la roca con una regularidad que no podía ser accidental y que correspondía, en dimensiones aproximadas, a los receptáculos de almacenamiento que aparecían descritos en ciertos textos del período del Primer Templo para los objetos de uso ritual.

Los nichos estaban vacíos.

Todos excepto uno.

En el tercer nicho desde la izquierda, a la altura del pecho, había algo envuelto en lo que había sido lino y que los siglos habían convertido en una sustancia entre el tejido y el polvo, con una consistencia que sugería que lo que envolvía había actuado como protección parcial contra la descomposición del exterior aunque no pudiera garantizar la integridad de lo que estuviera dentro.

Benjamín dio tres pasos hacia la pared norte.

Se detuvo a medio metro del nicho.

Marta estaba fotografiando desde la entrada, en silencio, con la profesionalidad de quien sabe que en ciertos momentos la documentación requiere no interrumpir lo que documenta.

Dov había permanecido junto al túnel de acceso, en la posición que Benjamín le había indicado sin necesidad de explicarle por qué: una posición desde la que podía ver tanto el interior de la cavidad como el túnel por el que habían bajado.

Benjamín iluminó el paquete de lino con la linterna. Las fibras eran de un color entre el marrón y el gris que el tiempo produce en los materiales orgánicos cuando permanecen en condiciones de temperatura y humedad suficientemente estables, y tenían una textura que la luz mostraba como densa pero frágil, del tipo de fragilidad que no es debilidad sino el resultado de haber resistido durante demasiado tiempo sin que nadie lo pidiera.

No lo tocó.

No esa noche. Tocarlo esa noche, sin el equipo adecuado, sin las condiciones de preservación necesarias, habría sido exactamente el tipo de error que un arqueólogo formado no comete independientemente de cuánto desee lo contrario. La formación existe precisamente para los momentos en que el deseo y el procedimiento apuntan en direcciones opuestas.

Lo que sí hizo fue acercarse hasta que la linterna iluminó el exterior del paquete con suficiente precisión como para distinguir, a través de las capas exteriores de lino, la forma de lo que estaba dentro.

Era un objeto de forma aproximadamente cilíndrica, de unos veinte centímetros de alto y quizás doce de diámetro en su parte más ancha, con una terminación superior que la forma del lino sugería como convexa. No era una vasija. Las dimensiones y la forma no correspondían a ningún tipo de contenedor cerámico del período. La proporción entre el alto y el ancho, y la forma de la terminación, correspondían a algo distinto.

Correspondían a una campana.

Benjamín se quedó mirando el objeto durante un tiempo que Marta, que lo estaba observando desde su posición, estimó en aproximadamente dos minutos, aunque con la perturbación temporal que producen los espacios subterráneos podría haber sido más.

Lo que ocurrió en esos dos minutos fue algo que Benjamín no habría podido describir en términos arqueológicos ni académicos ni en ningún otro lenguaje que utilizara con regularidad. No fue una certeza intelectual. Fue un reconocimiento físico, del tipo que Hanna había descrito cuarenta años antes con palabras que él, a los doce años, había aceptado sin entender completamente y que en ese momento, once metros bajo Jerusalén, a las cuatro de la mañana de un miércoles de noviembre, entendió de la única manera en que ciertas cosas pueden entenderse: desde adentro, sin posibilidad de retroceso.

No con la cabeza. Con otra cosa.

Se llevó la mano izquierda al pecho. El anillo estaba en su lugar.

—Marta —dijo, con una voz que salió más baja de lo que había pretendido—. Documenta todo. Cada centímetro. Quiero que cuando salgamos de aquí tengamos registro completo de cada superficie, cada marca, cada nicho.

—Ya lo estoy haciendo —dijo ella.

—Bien.

Se giró hacia Dov.

—Necesitamos equipo de preservación antes de tocar nada —dijo—. Y necesitamos hacerlo de manera que no levante preguntas en el inventario del proyecto.

Dov asintió sin decir nada, con la expresión de alguien que ya había calculado lo que eso implicaba y había llegado a sus propias conclusiones sobre si estaba dispuesto a continuar. La conclusión, que su silencio confirmaba, era que sí.

Pasaron dos horas más en la cavidad. Marta documentó cada superficie con una minuciosidad que Benjamín observó con algo parecido a la gratitud. Benjamín tomó notas en el cuaderno con la linterna de cabeza mientras examinaba las marcas de las paredes, las dimensiones de los nichos, la disposición de los signos de uso que los siglos habían dejado en el suelo y en las paredes con esa indiferencia de los rastros que no saben que son evidencia de nada.

Antes de subir, Benjamín se detuvo una última vez frente al tercer nicho.

El paquete de lino seguía ahí, con su forma cilíndrica, con su terminación convexa, con los veintisiete siglos encima sin que nadie le hubiera pedido que resistiera pero habiendo resistido de todas formas.

—Ya vuelvo —dijo en voz baja, en alemán, que era el idioma en que hablaba cuando hablaba para sí mismo.

No estaba seguro de a quién se lo decía. A Jakob, quizás. A Hanna. Al objeto mismo, que era una posibilidad que no habría contemplado en ninguna otra circunstancia y que en esa cavidad, a esa hora, le pareció completamente razonable.

Subieron. El túnel los devolvió a la superficie con la misma indiferencia geológica con que los había recibido. El callejón estaba vacío. Jerusalén dormía con esa respiración profunda y antigua de las ciudades que han visto demasiado como para alterarse por lo que ocurre en una sola noche.

Benjamín cerró el acceso con la precisión de quien sabe que necesitará volver a abrirlo y que el estado en que lo deje determinará la facilidad con que pueda hacerlo.

Caminó hasta su apartamento por las calles silenciosas de la ciudad, con el cuaderno en la mochila y el anillo en el dedo y esa sensación específica de los momentos que cambian el peso de lo que viene después sin que nada visible haya cambiado todavía.

Llamó al padre Bruckner desde el portal de su edificio.

Eran las seis y cuarto de la mañana.

El jesuita contestó al segundo tono, lo cual sugería que no había dormido o que dormía muy poco o que había estado esperando la llamada con la misma atención con que esperaba todo lo que consideraba importante.

—¿Y bien? —dijo el padre Bruckner.

—Existe —dijo Benjamín.

Un silencio.

—¿La cavidad?

—La cavidad. Y lo que hay dentro.

Otro silencio, más largo.

—¿Cuándo subimos? —dijo el padre Bruckner.

—Pronto —dijo Benjamín—. Primero necesito el equipo correcto. Y necesito pensar.

—¿En qué?

Benjamín miró la calle vacía de Jerusalén en la primera luz del amanecer, con la piedra caliza comenzando a adquirir ese tono dorado que a esta hora era todavía provisional, como si la luz estuviera negociando con la piedra las condiciones de su llegada.

—En todo lo que cambia a partir de ahora —dijo.

Colgó.

Subió a su apartamento.

No durmió.

CAPÍTULO 5

Los papiros

Jerusalén y Berlín, semanas después

El equipo de preservación llegó en una caja sin etiquetas desde un proveedor especializado en Zurich que Benjamín había contactado a través de un intermediario que no hacía preguntas sobre el uso previsto de lo que vendía, que era exactamente el tipo de proveedor que uno necesita cuando lo que va a preservar no puede aparecer en ningún inventario oficial.

La caja contenía guantes de nitrilo de grado arqueológico, bandejas de aluminio anodizado, soluciones de consolidación para materiales orgánicos degradados, y un sistema de iluminación de espectro controlado que permitía examinar superficies sin exponerlas a longitudes de onda que pudieran acelerar el deterioro.

Benjamín bajó de nuevo a la cavidad cuatro días después de la primera incursión, esta vez solo, a las tres de la mañana, con la caja de Zurich y el

cuaderno y la disciplina específica de quien sabe que lo que hace a continuación no tiene corrección posible si se hace mal.

El paquete de lino estaba donde lo había dejado.

Trabajó durante dos horas con la atención concentrada de las operaciones que no admiten distracción. La apertura del lino exterior requirió un tiempo considerable porque las fibras habían desarrollado en los siglos de encierro una adhesión parcial entre capas que no era cohesión química sino simplemente el resultado de la presión y el tiempo, y separarlas sin dañar lo que estaba debajo exigía una paciencia que en otras circunstancias Benjamín habría encontrado difícil de sostener y que esa noche, en esa cavidad, encontró completamente natural.

Cuando el último estrato de lino cedió, la campana quedó expuesta bajo la luz de espectro controlado con una claridad que Benjamín tardó varios segundos en procesar.

Era de metal. No bronce, que era el material que los textos del período describían para los instrumentos del Templo, sino algo de un color entre el gris y el dorado que no correspondía exactamente a ninguna aleación que Benjamín pudiera clasificar visualmente con certeza.

Las paredes eran delgadas para el tamaño del objeto, con una precisión en el grosor que sugería una fundición de extraordinaria habilidad técnica, y la superficie exterior estaba cubierta de inscripciones que la luz sacaba con una nitidez que sorprendió a Benjamín, porque las inscripciones en metal de esa antigüedad raramente sobreviven con ese nivel de detalle.

Las inscripciones eran de dos tipos distintos, entrelazados en la superficie como si hubieran sido añadidos en momentos diferentes por manos diferentes. Las del primer tipo eran caracteres fenicios reconocibles, del período del Hierro II, con la forma específica que correspondía al siglo décimo o noveno antes de Cristo.

Las del segundo tipo no correspondían a ningún sistema de escritura que Benjamín reconociera de manera inmediata, con una geometría regular que era demasiado precisa para ser decorativa pero que no encajaba en ninguno de los alfabetos del Próximo Oriente antiguo que había estudiado durante tres décadas.

Fotografió cada centímetro de la superficie con la cámara macro que había traído para ese propósito. Tomó muestras de la superficie metálica con el kit de microanálisis que el proveedor de Zurich había incluido sin que nadie se lo pidiera, como si supiera que quien compraba ese equipo iba a necesitarlas. Midió. Pesó. Registró en el cuaderno cada observación con la precisión que exige un hallazgo que no puede ser verificado por nadie más en las mismas condiciones.

Antes de salir, envolvió la campana de nuevo, no en el lino original que era demasiado frágil para resistir un traslado, sino en las capas de material de preservación de Zurich, y la devolvió al nicho. No era el momento de sacarla.

No todavía. Primero necesitaba entender lo que las inscripciones decían, y para eso necesitaba al padre Bruckner y las semanas de trabajo que ese análisis iba a requerir.

El padre Bruckner recibió las fotografías en formato digital esa misma mañana, en el apartamento del barrio cristiano donde había instalado su propio sistema de trabajo que consistía en libros apilados en todas las superficies horizontales disponibles y tres pantallas conectadas a bases de datos de manuscritos a las que tenía acceso por razones que Benjamín prefería no examinar demasiado.

—Dame una semana —dijo el jesuita, después de examinar las imágenes durante un tiempo largo en silencio.

—Tienes diez días —dijo Benjamín.

—Una semana es suficiente para los fenicios —dijo el padre Bruckner—. Los otros necesitan más tiempo. No sé cuánto todavía.

Los diez días siguientes Benjamín los ocupó en mantener la apariencia de normalidad del proyecto con una disciplina que le costaba más que el trabajo mismo. Los informes semanales a la IAA continuaron con su regularidad documentada. Las perforaciones en los sectores autorizados avanzaron según el cronograma.

Rivka Alon supervisaba el trabajo de campo con la atención meticulosa que la caracterizaba, y Benjamín notó que en esos días su atención se había intensificado de una manera específica: no hacia el trabajo sino hacia él, con esa observación lateral de quien ha detectado una variación en el comportamiento habitual de alguien y espera confirmar o descartar lo que esa variación sugiere.

Un miércoles por la tarde, mientras revisaban juntos los estratos del sector oeste, Rivka dijo sin preámbulo:

—Bajaste de nuevo.

No era una pregunta.

Benjamín continuó examinando la muestra de suelo que tenía en la mano durante un momento antes de responder.

—¿Por qué lo dices?

—Porque llevas diez días con esa expresión de los que han visto algo que no saben todavía cómo manejar —dijo Rivka—. La conozco. La tengo yo misma cada vez que un hallazgo contradice lo que esperaba encontrar. —Hizo una pausa—. Y porque Dov ha pedido material de preservación al proveedor de logística del proyecto por un valor que no corresponde a nada que tengamos en el inventario autorizado.

Benjamín dejó la muestra sobre la mesa.

—Rivka —dijo.

—No me pidas que no haga preguntas —dijo ella—. Ya sé que me lo vas a pedir. Y ya sé que voy a esperar un poco más antes de insistir porque he

decidido que confío en tu criterio hasta cierto punto. Pero quiero que sepas que ese punto no es ilimitado y que se acerca más rápido de lo que crees.

—Lo sé —dijo Benjamín.

—¿Cuándo me lo cuentas?

—Cuando tenga algo que contar con precisión —dijo—. Pronto.

Rivka lo miró durante un segundo con esa expresión suya de quien evalúa si lo que acaba de escuchar es suficiente o no y ha decidido provisionalmente que es suficiente aunque no cómodamente.

—Pronto —repitió—. De acuerdo.

El padre Bruckner lo llamó al octavo día.

—Ven —dijo—. Hay que verlo juntos.

El apartamento del barrio cristiano olía a café viejo y a ese papel específico de las fotocopias de manuscritos que lleva implícito el olor de los originales aunque sea una reproducción. El jesuita tenía sobre la mesa tres impresiones ampliadas de las fotografías de la campana, junto a una serie de textos de referencia marcados con tiras de papel de colores distintos que correspondían a un sistema de clasificación que solo él podía descifrar completamente.

—Los fenicios primero —dijo, señalando la primera impresión—. El texto es fragmentario, distribuido en tres bandas horizontales que no son continuas, lo que sugiere que fueron añadidas en momentos distintos o que forman parte de un sistema de inscripción que no hemos visto completo.

—¿Qué dicen?

El padre Bruckner tomó sus notas.

—La primera banda dice, aproximadamente: *para preservar la voz del lugar donde habita el nombre*. —Hizo una pausa—. La expresión *lugar donde habita el nombre* es una formulación específica del período del Primer Templo para referirse al Templo de Salomón. Aparece en el Primer Libro de los Reyes y en el Deuteronomio con variaciones. En el contexto de una inscripción sobre un objeto ritual, su función es declarativa: esto es un objeto del Templo, o un objeto asociado a su función.

—¿Y las otras dos bandas?

—La segunda dice: *el sonido completa lo que la piedra no puede contener*. —Miró a Benjamín—. No tengo paralelos exactos para esta formulación. Es única en mi conocimiento de la literatura del período. Pero la imagen es coherente con una teología del Templo que algunos textos del período rabínico tardío sugieren: que la función del Templo no era solo arquitectónica sino acústica, que el Templo no era solo un contenedor sino un instrumento.

Benjamín esperó.

—La tercera banda —continuó el padre Bruckner— es la más fragmentaria. Solo pueden leerse con certeza cinco palabras. Dicen: *cuando todo haya sido*

tomado. El resto está dañado o cubierto por las inscripciones del segundo tipo.

Silencio.

—¿Y el segundo tipo? —dijo Benjamín.

El padre Bruckner cambió a la segunda impresión.

—Aquí es donde la certeza termina y empieza el territorio que yo no domino completamente —dijo, con una honestidad que Benjamín valoró precisamente porque el padre Bruckner no la practicaba con facilidad cuando se trataba de sus propias limitaciones—. Las inscripciones del segundo tipo no son fenicias. No son arameas. No son ninguna variante del proto-sinaítico ni del ugarítico ni de ningún otro sistema de escritura semítico que yo conozca. Tienen una geometría que sugiere un sistema alfabético, no silábico, con una regularidad en las formas que implica una tradición de escritura establecida. Pero no encuentro paralelos en ninguna fuente que haya consultado.

—¿Ninguna?

—Hay algo —dijo el padre Bruckner, y señaló un pasaje marcado en uno de los textos de referencia—. En los documentos de la masonería escocesa que me pediste que buscara. En los rituales del grado dieciocho, el Rosa Cruz, hay una referencia a un *lenguaje anterior al lenguaje*, una escritura que precedería a todos los sistemas de escritura conocidos y que solo podría ser leída por quien hubiera recibido la iniciación completa. Los documentos masónicos la describen como *la escritura del constructor*, en referencia a Hiram Abif. No la reproducen. Solo la mencionan.

—¿Y crees que es esto? —dijo Benjamín, señalando la impresión.

El padre Bruckner consideró la pregunta durante un momento con la seriedad de alguien que sabe que la respuesta que da va a abrir una puerta que después no podrá cerrar.

—Creo que es posible —dijo—. Y creo que si lo es, las implicaciones son suficientemente grandes como para que seamos muy cuidadosos con lo que hacemos a continuación.

Benjamín miró las impresiones sobre la mesa. Luego abrió el cuaderno y escribió durante varios minutos mientras el padre Bruckner esperaba en silencio con su café.

—Hay algo más —dijo el jesuita cuando Benjamín cerró el cuaderno.

—Dime.

El padre Bruckner tomó la tercera impresión, una ampliación de la parte superior de la campana, donde la terminación convexa mostraba un detalle que en las fotografías de menor resolución había pasado inadvertido.

—En la parte superior hay una inscripción adicional —dijo—. Muy pequeña, casi invisible sin ampliación. Son tres caracteres del primer tipo, los fenicios.

—Los señaló con el dedo—. Dicen: *nfš*. Sin vocales, como es habitual en el fenicio consonántico.

—*Nefesh* —dijo Benjamín. Alma.

—*Nefesh* —confirmó el padre Bruckner—. Aunque en el hebreo bíblico temprano el término tiene un rango semántico más amplio que *alma* en el sentido platónico. Puede significar aliento, vida, ser viviente, lo que anima. —Hizo una pausa—. La inscripción más pequeña, en la posición más prominente del objeto. Como si fuera el título. O la función.

Benjamín se quedó mirando la ampliación durante un tiempo.

—Lo que preserva la vida —dijo en voz baja.

—O lo que preserva el aliento —dijo el padre Bruckner—. Que en el pensamiento del período antiguo son la misma cosa.

Esa noche Benjamín envió los archivos de microanálisis de la superficie metálica a un laboratorio de arqueometalurgia de la Universidad Técnica de Berlín, a través de un colega de confianza que sabía hacer preguntas técnicas sin hacer preguntas contextuales. El análisis tardaría dos semanas. Los resultados, cuando llegaron, confirmarían que la aleación de la campana no correspondía a ninguna composición metálica documentada del período del Próximo Oriente antiguo, con proporciones de elementos que la arqueometalurgia moderna no podía asociar a ninguna fuente de minerales conocida de la región.

Pero eso llegaría después.

Esa noche, en el apartamento de la calle Ramban, Benjamín abrió el cuaderno en la página donde había escrito la pregunta que le había hecho a Jakob nueve días antes, y debajo de ella escribió una respuesta provisional que no era una respuesta sino el comienzo de otra pregunta más grande:

El sonido completa lo que la piedra no puede contener. La piedra fue destruida. El sonido, si esto es lo que creo que es, no lo fue. ¿Por qué?

Y debajo de eso, después de un momento:

¿Para quién fue preservado?

Apagó la lámpara.

Afuera, Jerusalén acumulaba el silencio específico de la noche avanzada, ese silencio que no es ausencia de ruido sino la presencia de algo más antiguo que el ruido, algo que la ciudad lleva en sus piedras desde antes de que hubiera alguien para escucharlo.

Benjamín no durmió bien.

Llevaba semanas sin dormir bien y había llegado a aceptarlo como el costo natural de haber encontrado lo que había buscado toda su vida, que era un costo que habría pagado de todas formas aunque alguien se lo hubiera advertido, lo cual nadie había hecho porque nadie, excepto quizás Hanna, había sabido que lo estaba buscando.

CAPÍTULO 6

Hiram

Berlín, Londres, Edimburgo

Benjamín reservó el vuelo a Berlín con cuatro días de antelación, que era el mínimo que necesitaba para organizar las reuniones y el máximo que podía permitirse sin que su ausencia de Jerusalén comenzara a levantar preguntas que Rivka Alon formularía con la precisión de alguien que lleva semanas acumulando datos sin contexto.

Le dijo que tenía compromisos académicos en la Freie Universität que no podían postponerse, que era verdad en la medida en que tenía reuniones pendientes con el departamento que había estado evitando durante meses, y que estaría de vuelta en ocho días. Rivka asintió con la expresión de quien acepta una explicación suficiente sin considerarla completa.

—Khalid tiene los informes geotécnicos del sector sur para cuando vuelvas —dijo—. Y la IAA ha pedido una reunión de seguimiento para la semana próxima.

—Coordínala con ellos —dijo Benjamín—. Tú puedes manejarla.

—Puedo manejarla —dijo Rivka—. Lo que no puedo es responder preguntas sobre sectores que no están en los informes oficiales.

Benjamín la miró.

—No habrá preguntas sobre esos sectores —dijo.

—Eso espero —dijo Rivka.

Voló a Berlín un domingo por la tarde y pasó dos días en la universidad cumpliendo con los compromisos académicos que le daban cobertura al viaje y aprovechando el acceso a su despacho para consultar el archivo de documentos que había acumulado en veinte años sobre las tradiciones paralelas al canon bíblico, ese archivo que ocupaba tres cajones de un archivador metálico y que sus estudiantes de doctorado conocían como el cajón prohibido, no porque estuviera prohibido sino porque Benjamín nunca lo abría en su presencia.

El tercer día tomó el Eurostar a Londres.

Tenía dos contactos en la ciudad. El primero era un archivero de la Biblioteca de la Logia Madre de la Gran Logia Unida de Inglaterra, en Great Queen Street, al que había conocido diez años antes en una conferencia sobre historia de las sociedades secretas en el contexto del Iluminismo europeo. Se llamaba Gerald Whitmore, tenía unos setenta años y esa manera específica de los custodios de archivos institucionales de responder preguntas con precisión exacta sobre lo que se les pregunta sin ofrecer voluntariamente nada que no haya sido solicitado. Era un arte que Benjamín respetaba porque lo practicaba él mismo.

Le había enviado un correo electrónico desde Berlín con tres preguntas concretas: si los archivos de la Gran Logia conservaban documentación sobre los rituales del grado dieciocho anterior al siglo diecinueve, si había referencias en esa documentación a un objeto descrito como instrumento musical del Templo, y si los archivos incluían materiales provenientes de logias continentales del siglo diecisiete o dieciocho que hubieran sido disueltas o absorbidas.

La respuesta de Whitmore había sido breve: *Venga el miércoles a las diez. Hay cosas que es mejor ver que leer en un correo.*

La biblioteca de la Gran Logia ocupaba un espacio en el edificio de Freemasons' Hall que tenía esa atmósfera específica de los archivos institucionales que llevan suficiente tiempo existiendo como para haber desarrollado una personalidad propia: el olor a papel y cuero y cera para madera, la iluminación calculada para la lectura más que para la impresión, el silencio de una densidad que sugiere que las conversaciones que aquí se han tenido durante siglos han dejado un sedimento acústico que la arquitectura retiene.

Whitmore lo recibió en la sala de lectura con tres cajas de documentos sobre la mesa y esa expresión suya de bibliotecario que ha encontrado lo que se le pedía y tiene su propia opinión sobre la importancia de lo que ha encontrado, aunque esa opinión no forme parte del servicio que presta.

—Los rituales del grado dieciocho en nuestra tradición —dijo Whitmore, abriendo la primera caja— se documentan de manera sistemática desde la segunda mitad del siglo dieciocho. Antes de eso hay referencias fragmentarias, algunas orales transcritas posteriormente, algunas en documentos de logias continentales que llegaron aquí a través de migraciones y disoluciones. —Señaló un documento en la caja—. Este es un fragmento de lo que parece ser un ritual de una logia de Estrasburgo, circa 1680, que llegó a nuestros archivos en 1786 con la documentación de una logia alsaciana que se disolvió. No está completamente catalogado porque el idioma mezcla francés arcaico y latín con algunos términos que nunca hemos podido clasificar.

Benjamín examinó el documento con los guantes de algodón que Whitmore le había proporcionado. Era un folio de papel verjurado con una caligrafía densa y regular que alternaba entre dos lenguas con una fluidez que sugería que quien lo escribía las manejaba con igual comodidad. En el margen derecho de uno de los párrafos había una nota posterior, escrita con una tinta diferente y una mano diferente, que decía en latín: *de instrumento quod vocem servat*, del instrumento que conserva la voz.

Benjamín releyó la nota tres veces.

—¿Puedo fotografiar esto? —dijo.

—Puede —dijo Whitmore—. Con el equipo de la sala. Sin flash.

El segundo documento que Whitmore había preparado era más reciente y más explícito. Era la transcripción de un ritual del grado dieciocho de una logia escocesa de Edimburgo, fechada en 1743, que describía en términos simbólicos pero reconocibles el proceso de construcción del Templo y la figura de Hiram Abif como guardián de un conocimiento que no había muerto con él sino que había sido transmitido a través de un objeto que el ritual describía como *la voz que permanece cuando el templo no permanece*.

—¿Tienen documentación de esa logia de Edimburgo? —dijo Benjamín.

—Esa es su segunda parada —dijo Whitmore, con una sequedad que era también una forma de satisfacción profesional—. La Logia Mother Kilwinning en Edimburgo. La más antigua de Escocia, posiblemente la más antigua del mundo si uno acepta su propia cronología, que es debatible. Tienen archivos que nosotros no tenemos porque nunca se unieron completamente a la Gran Logia. Les he enviado un correo presentándole. Le esperan el jueves.

Benjamín lo miró.

—¿Les envió un correo sin que yo se lo pidiera?

—Usted preguntó por logias continentales disueltas y por referencias a instrumentos musicales del Templo —dijo Whitmore—. Yo soy un archivero. Mi trabajo es anticipar lo que se necesita además de lo que se pide. —Una pausa—. Y además conozco a su abuelo.

Benjamín se quedó inmóvil durante un segundo.

—¿A Jakob?

—Al anillo —dijo Whitmore, señalando la mano izquierda de Benjamín con un gesto breve—. Ese símbolo específico corresponde a un grado que no está en nuestra tradición oficial. Es anterior. Viene de otro lugar. Llevo cuarenta años en estos archivos y lo he visto exactamente dos veces antes: en un grabado de 1612 y en la descripción de un ritual que nadie ha podido fechar con certeza. —Lo miró con esa expresión suya de quien dice lo que sabe sin decir más de lo que sabe—. No le estoy preguntando de dónde lo tiene. Solo quiero que sepa que lo que busca es real. Y que no es el primero que lo busca.

Benjamín tomó el tren a Edimburgo la mañana siguiente.

Escocia en noviembre tiene una cualidad de luz que no existe en ningún otro lugar que Benjamín hubiera visitado: una luminosidad baja y persistente que hace que todo parezca estar ocurriendo en el interior de algo más grande, como si el paisaje fuera la sala de un edificio cuyo techo es el cielo y cuyas paredes son las colinas. Edimburgo específicamente tenía además esa arquitectura de ciudad que ha crecido sobre sí misma en vertical y en historia, con el Castle Rock dominando desde arriba y el Old Town descendiendo en estratos que eran también estratos de tiempo.

La Logia Mother Kilwinning tenía sus archivos en un edificio del Royal Mile cuya fachada no anunciaba nada sobre lo que contenía, que era también una forma de anunciarlo todo para quien supiera leerla. El archivero de guardia

era un hombre joven con aspecto académico que se presentó como David Sinclair y que tenía la calma de quien trabaja con documentos suficientemente antiguos como para haber desarrollado una perspectiva temporal que los problemas inmediatos no perturban.

—El señor Whitmore me explicó lo que busca —dijo Sinclair, conduciendo a Benjamín a través de un pasillo hacia la sala de consulta—. Tenemos tres documentos que podrían ser relevantes. Dos son del siglo diecisiete, uno es anterior aunque no podemos fecharlo con certeza porque el soporte es pergamino de una procedencia que no hemos podido identificar completamente.

El documento sin fecha era el más importante.

Era un fragmento de pergamino de unos veinte centímetros por treinta, cubierto de una escritura densa en lo que parecía ser hebreo arcaico mezclado con otro sistema de notación que Benjamín reconoció inmediatamente: era el mismo tipo de caracteres geométricos que aparecían en la campana junto a las inscripciones fenicias.

—¿Saben de dónde viene esto? —dijo, con una calma que le costó más de lo que mostró.

—La tradición oral de la logia dice que llegó con los constructores del Templo de Salomón —dijo Sinclair, con la ecuanimidad de quien ha repetido esa frase suficientes veces como para que ya no le parezca inverosímil—. Nosotros lo catalogamos como *de procedencia incierta, período indeterminado*. Que es la categoría que usamos cuando la tradición oral y la evidencia material no se resuelven mutuamente.

Benjamín fotografió el documento con el equipo de la sala.

En el vuelo de vuelta a Berlín, con las fotografías en la memoria de la cámara y el cuaderno lleno de notas que había tomado en tres ciudades en cuatro días, Benjamín ordenó mentalmente lo que había encontrado.

El patrón era visible ahora con una claridad que las semanas de trabajo previo no habían producido porque estaba disperso en demasiados lugares: los rituales del grado dieciocho describían un objeto específico, una voz que permanece cuando el templo no permanece, y lo describían con suficiente consistencia a través de tres siglos y tres tradiciones distintas como para que la descripción no pudiera atribuirse a la invención de ninguna de ellas.

Las tradiciones masónicas no habían inventado el símbolo de la campana. Lo habían heredado de algo anterior, y ese algo anterior estaba ahora once metros bajo Jerusalén envuelto en material de preservación de Zurich en un nicho de la pared norte de una cavidad que no figuraba en ningún registro oficial.

Lo que Whitmore había dicho sobre el anillo lo pensó durante el vuelo completo.

No es el primero que lo busca.

Jakob había buscado. Jakob había llegado hasta algún punto de ese camino antes de que Dachau lo interrumpiera. El anillo que había llevado en el dedo desde los dieciséis años no era solo un objeto de herencia sentimental. Era una credencial. Una señal que ciertos custodios de ciertos archivos reconocían como la marca de alguien que pertenecía a una tradición de búsqueda que era más larga que cualquier vida individual.

En el apartamento de Berlín, antes de reservar el vuelo de regreso a Jerusalén, Benjamín abrió el cajón del archivador donde guardaba los documentos de Jakob que Hanna le había legado junto con el anillo. No eran muchos: algunos papeles en alemán que describían actividades de la logia de Múnich a la que Jakob había pertenecido, una lista de nombres que Benjamín nunca había podido identificar completamente, y una fotografía de Jakob de aproximadamente 1935, de pie frente a un edificio que Benjamín nunca había podido ubicar, con el anillo visible en la mano derecha y una expresión que Benjamín había mirado muchas veces sin saber leerla del todo.

Ahora la leyó de otra manera.

No era la expresión de un hombre que está comenzando algo. Era la expresión de un hombre que sabe que está cerca del final de algo que ha llevado mucho tiempo buscando.

Siete años después de esa fotografía, Jakob Klintsmann murió en Dachau sin haber llegado donde estaba a punto de llegar.

Cuarenta años después de recibir su anillo, su nieto estaba a punto de llegar en su lugar.

Benjamín reservó el vuelo a Tel Aviv para el día siguiente.

En el aeropuerto de Tegel, esperando el embarque, llamó al padre Bruckner.

—Los caracteres del segundo tipo —dijo cuando el jesuita contestó—. Los que no podías identificar en la campana.

—Sí.

—Los encontré en otro documento. En Edimburgo. En los archivos de la Logia Mother Kilwinning.

Un silencio.

—¿En qué forma? —dijo el padre Bruckner.

—Mezclados con hebreo arcaico. En un pergamino sin fecha de procedencia incierta que la logia dice que llegó con los constructores del Templo de Salomón. —Hizo una pausa—. Anselm. Las tradiciones masónicas no inventaron el símbolo. Lo heredaron.

Otro silencio, más largo.

—Ya lo sabía —dijo el padre Bruckner, con una tranquilidad que a Benjamín no le sorprendió—. O lo sospechaba con suficiente fundamento como para que la diferencia entre saber y sospechar no fuera significativa.

—¿Y no me lo dijiste?

—No me lo preguntaste directamente —dijo el jesuita—. Y además quería que lo encontraras tú. Las conclusiones a las que uno llega solo tienen un peso diferente a las que le dan.

Benjamín no respondió a eso porque no había nada que responder que no fuera la confirmación de que Bruckner tenía razón.

—¿Cuándo vuelves? —dijo el jesuita.

—Mañana.

—Bien —dijo el padre Bruckner—. Porque mientras estabas en Londres y Edimburgo yo estuve leyendo. Y hay algo que necesitas saber sobre las condiciones en que el objeto funciona antes de que intentes usarlo.

—¿Cómo sabes que voy a intentar usarlo?

Una pausa breve.

—Porque eres el nieto de Jakob Klintsmann —dijo el padre Bruckner—, llevas su anillo desde los dieciséis años, y has dedicado veinticinco años de tu vida a encontrar este objeto. La pregunta no es si vas a intentarlo. La pregunta es cuándo y cómo.

Benjamín miró la pantalla de embarques. Su vuelo aparecía en verde.

—Mañana —dijo—. Cuéntamelo mañana.

CAPÍTULO 7

La campana

Jerusalén, de nuevo

El padre Bruckner lo esperaba en el apartamento de la calle Ramban con café hecho y tres cuadernos de notas sobre la mesa que representaban las dos semanas de lectura que había realizado mientras Benjamín estaba en Berlín, Londres y Edimburgo. Era la forma en que el jesuita trabajaba: en silencio, sin actualizaciones intermedias, acumulando hasta tener algo que mereciera ser dicho, y entonces diciéndolo todo de una vez con la densidad de quien ha procesado el material el tiempo suficiente como para saber qué parte es esencial y qué parte es contexto prescindible.

Benjamín dejó la maleta sin deshacer y se sentó.

—Las condiciones —dijo.

El padre Bruckner abrió el primer cuaderno.

—He consultado cuatro tradiciones distintas —dijo—. La literatura rabínica tardía del período talmúdico, los textos apocalípticos del Segundo Templo que ya conocías, la documentación masónica que encontraste en Londres y que yo había estado estudiando en paralelo, y algo que no esperaba encontrar: referencias en tres manuscritos de la tradición sufí del siglo trece que describen lo que parece ser el mismo objeto desde una perspectiva completamente distinta.

—¿Sufí?

—El sufismo medieval tuvo un período de intensa transmisión de conocimiento con tradiciones judías y cristianas en la Península Ibérica y en Oriente Próximo —dijo el padre Bruckner, con la naturalidad de quien menciona algo que considera bien establecido aunque la mayoría de sus colegas lo encontraría sorprendente—. No es tan extraño como parece que un objeto con raíces en el Templo de Salomón aparezca en textos islámicos medievales. El Templo es patrimonio de las tres tradiciones, aunque cada una prefiera no reconocerlo cuando le resulta inconveniente.

—¿Y qué dicen las cuatro tradiciones sobre las condiciones?

El padre Bruckner tomó su café antes de responder, que era su manera de indicar que lo que seguía requería atención particular.

—Hay un consenso que no podría haberse producido por contagio entre las tradiciones porque son demasiado distintas en origen y en época —dijo—. Las cuatro describen el mismo patrón, con variaciones de lenguaje pero con una coherencia de fondo que es difícil de atribuir a la coincidencia. El objeto produce un efecto. Ese efecto no es mecánico ni automático. Depende de lo que los textos describen de maneras distintas pero que apuntan al mismo concepto: una forma de presencia interior que no es exactamente fe en el sentido religioso convencional sino algo más parecido a una coherencia entre lo que uno es, lo que uno hace y lo que uno espera. Los textos rabínicos lo llaman *kavvanah*, que en el contexto de la oración significa intención dirigida, presencia completa. Los textos sufíes lo llaman *hudur*, presencia con el corazón. Los documentos masónicos hablan de *rectitud interior* como condición del grado.

Benjamín escuchaba sin interrumpir.

—Hay algo más —continuó el padre Bruckner—. Las cuatro tradiciones coinciden también en que la condición no puede ser sostenida indefinidamente. Que hay un límite en el tiempo o en la intensidad de la experiencia después del cual el efecto cesa, no porque el objeto deje de funcionar sino porque quien participa deja de poder sostener la condición necesaria. Eso hace que el efecto sea por naturaleza intermitente, dependiente, no reproducible de manera estandarizada.

—¿Y cuándo falta la condición? ¿Qué ocurre?

El padre Bruckner cerró el cuaderno y lo miró directamente.

—Nada —dijo—. Simplemente nada. El objeto no funciona. No hay efecto adverso descrito en ninguna fuente. Solo ausencia.

Benjamín procesó esto durante un momento.

—¿Y tú? —dijo—. ¿Puedes sostener esa condición?

El jesuita consideró la pregunta con una honestidad que Benjamín valoró.

—Probablemente —dijo—. La formación ignaciana tiene mucho en común con lo que los textos describen. Treinta años de práctica de oración

contemplativa. —Una pausa—. Pero no lo sé con certeza hasta que lo intente. Y tampoco sé si la condición que yo puedo sostener es suficiente o si el objeto requiere algo más específico que la contemplación genérica.

—¿Y yo?

El padre Bruckner lo miró durante un momento.

—Eso —dijo— es la pregunta más importante de toda esta empresa. Y la única que ningún texto puede responder por ti.

Benjamín no respondió. Se levantó, fue a la ventana, y miró la calle de Jerusalén afuera con ese aspecto suyo de persona que está procesando algo que no puede acelerarse sin dañarlo.

—Necesito bajar —dijo al fin—. Con el equipo correcto esta vez. Y necesito que vengas.

—Ya lo sé —dijo el padre Bruckner.

El segundo descenso fue cuatro días después, un lunes por la madrugada, con Dov, Marta, el padre Bruckner y un equipo de extracción que Benjamín había preparado con la precisión de quien sabe que no va a tener una tercera oportunidad de hacerlo en las mismas condiciones. El padre Bruckner bajó el túnel con una agilidad que sorprendió a Dov y que el jesuita atribuyó, sin que nadie le preguntara, a décadas de caminatas por los Alpes bávaros durante retiros espirituales.

La cavidad los recibió con el mismo silencio de la primera vez, con el mismo aire frío y seco y ese olor de piedra y tiempo que Benjamín había intentado describir en el cuaderno sin encontrar las palabras exactas.

El padre Bruckner se detuvo en la entrada y permaneció inmóvil durante casi un minuto, mirando el espacio con una atención que no era la atención del arqueólogo ni la del turista sino algo más parecido a la del hombre que entra en un espacio sagrado y toma el tiempo que ese espacio requiere antes de continuar.

—Veintisiete siglos —dijo en voz baja, no como comentario sino como constatación.

—Al menos —dijo Benjamín.

Se acercaron juntos a la pared norte. El nicho. El paquete de material de preservación exactamente donde Benjamín lo había dejado.

Marta documentó el proceso de extracción desde el principio. Benjamín retiró el material de preservación con la lentitud necesaria y expuso la campana bajo la luz de espectro controlado que había traído específicamente para ese momento.

El padre Bruckner la miró durante un tiempo largo sin decir nada. Luego se puso los guantes de algodón que Benjamín le tendió y la tomó entre las manos con el cuidado de quien sostiene algo que sabe que es frágil aunque no parezca serlo.

La giró despacio. Examinó las inscripciones fenicias con la linterna de aumento que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Luego examinó los caracteres del segundo tipo con una concentración que excluía cualquier otra cosa.

—*Nfš* —dijo, identificando la inscripción de la parte superior.

—Lo vi en las fotografías —dijo Benjamín.

—Las fotografías no hacen justicia —dijo el padre Bruckner—. El metal tiene una cualidad que la imagen no captura. —Lo miró—. ¿Cuántos años tiene esto?

—El análisis metalúrgico dice que la aleación no corresponde a ninguna fuente conocida del período —dijo Benjamín—. La datación por termoluminiscencia de los restos de la envoltura de lino sugiere entre dos mil seiscientos y dos mil ochocientos años. Período del Hierro II tardío. Compatible con el final del período del Primer Templo.

El padre Bruckner asintió despacio, con la expresión de quien estaba esperando esa confirmación sin haber sabido que la esperaba.

—¿La sacamos? —dijo Marta, desde su posición de documentalista.

Benjamín y el padre Bruckner se miraron.

—La sacamos —dijo Benjamín.

La operación de traslado tomó dos horas y produjo una cantidad de documentación fotográfica que Marta clasificaría durante días. La campana salió de la cavidad en un contenedor de transporte de aluminio diseñado para objetos arqueológicos de alta sensibilidad, herméticamente sellado con el sistema de atmosfera controlada que Benjamín había encargado a Zurich junto con el equipo de preservación.

El contenedor pesaba más que su tamaño sugería, porque el sistema de control atmosférico añadía un peso propio que compensaba con la garantía de que lo que estaba dentro llegara a la superficie en las mismas condiciones en que había estado durante veintisiete siglos.

Benjamín fue el último en subir.

Se detuvo un momento en la cavidad antes de salir, con la linterna iluminando el nicho vacío en la pared norte. Los demás nichos, también vacíos, que habían contenido lo que los registros describían como los objetos del Templo y que ahora no contenían nada desde tiempos de la destrucción babilónica. El nicho que sí había conservado algo, que lo había conservado durante veintisiete siglos porque alguien había decidido que ese algo específico no podía perderse aunque todo lo demás se perdiera.

Pensó en la tercera inscripción fenicia, la fragmentaria. *Cuando todo haya sido tomado.* El resto dañado o cubierto. Pero la implicación era legible aunque las palabras no estuvieran: cuando todo haya sido tomado, esto permanece. Cuando el Templo caiga, el sonido que el Templo contenía sobrevive.

Habían pensado en todo. Los que lo habían sellado aquí, hace veintisiete siglos, en la oscuridad y con los babilonios aproximándose, habían pensado en todo con la claridad específica de quien sabe que no va a poder regresar y que lo que deja debe ser suficiente para quien llegue después.

Apagó la linterna.

Subió.

En el apartamento de la calle Ramban, con el contenedor de aluminio sobre la mesa y el padre Bruckner sentado frente a él y Dov y Marta ya de vuelta en sus propias casas con las instrucciones habituales sobre la discreción que no necesitaba repetir porque ya las conocían, Benjamín abrió el contenedor y sacó la campana por primera vez en la superficie.

La luz del apartamento era diferente a la de la cavidad y a la de las linternas. Era la luz ordinaria de una lámpara de mesa en una habitación de Jerusalén a las cinco de la mañana, y bajo esa luz la campana tenía una presencia distinta: menos misteriosa que en el subsuelo, más real, más concreta, como si la superficie le devolviera una dimensión material que el contexto subterráneo había sublimado en algo más cercano al símbolo que al objeto.

No era menos impresionante. Era impresionante de otra manera.

El padre Bruckner la miró desde su silla con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—¿Cuándo? —dijo.

—No esta noche —dijo Benjamín—. Necesito tiempo. Para pensar. Para preparar las condiciones correctas. Para decidir quién debe estar presente y quién no.

—¿Rivka? —dijo el padre Bruckner.

Benjamín consideró esto.

—Todavía no —dijo—. No hasta que sepa qué tenemos exactamente.

—Ya sabes qué tienes —dijo el padre Bruckner.

—Sé lo que los textos dicen que tengo —dijo Benjamín—. No es lo mismo que saber qué tengo hasta que lo demuestre.

El padre Bruckner asintió, aceptando la distinción.

—¿Y tú? —repitió la pregunta que había hecho antes en el apartamento—. ¿Puedes sostener la condición?

Benjamín miró la campana durante un tiempo largo. La luz de la lámpara sacaba de la superficie metálica un brillo que no era exactamente dorado ni exactamente gris sino algo intermedio que cambiaba levemente con el ángulo, como si el metal tuviera una profundidad que la superficie no revelaba completamente.

—No lo sé —dijo, con una honestidad que le costó más de lo que le habría costado en cualquier otro contexto—. He pasado cuarenta años buscando esto. Cuarenta años cargando con lo que le hicieron a Jakob y lo que no pudo

terminar y lo que Hanna me pidió que hiciera sin decirme exactamente qué. —Hizo una pausa—. No sé si eso es suficiente para la *kavvanah* que los textos describen. No sé si lo que llevo adentro es presencia o es urgencia, y si hay una diferencia entre las dos que el objeto pueda distinguir.

El padre Bruckner lo miró con esa expresión suya que no era exactamente compasión pero que se le parecía lo suficiente como para ser reconocible.

—Hay diferencia —dijo—. La urgencia quiere algo. La presencia simplemente está.

Benjamín guardó la campana en el contenedor de aluminio con el mismo cuidado con que la había sacado. Cerró el sistema de sellado. Puso el contenedor en el armario del dormitorio, detrás de las cajas de libros que nadie que entrara al apartamento abriría porque su aspecto no invitaba a la curiosidad.

—Duerme —dijo el padre Bruckner, levantándose—. Mañana tienes una reunión con la IAA que Rivka coordinó mientras estabas fuera.

Benjamín lo había olvidado completamente.

—¿A qué hora?

—A las diez —dijo el padre Bruckner, poniéndose la chaqueta—. Lo cual te da cuatro horas, que no es suficiente para dormir bien pero es suficiente para dormir algo, y dormir algo es mejor que lo que has estado haciendo estas últimas semanas.

Salió. Benjamín escuchó sus pasos en la escalera hasta que desaparecieron.

Se quedó solo en el apartamento con el silencio de Jerusalén afuera y el contenedor de aluminio en el armario del dormitorio y la pregunta que el padre Bruckner había dejado sobre la mesa con la precisión de alguien que sabe que ciertas preguntas no necesitan ser insistidas porque ya no pueden dejar de ser escuchadas.

La urgencia quiere algo. La presencia simplemente está.

Cuarenta años de urgencia.

La pregunta era si debajo de la urgencia había algo más quieto.

Y si ese algo más quieto era suficiente.

No durmió las cuatro horas. Durmió algo menos. Fue suficiente para llegar a la reunión de la IAA con la apariencia de un investigador que avanzaba según el protocolo, que era lo que necesitaba parecer y que con los años había aprendido a ser cuando hacía falta, independientemente de lo que ocurriera por debajo de esa apariencia.

Lo que ocurría por debajo era que tenía una campana de tres mil años en el armario del dormitorio y una pregunta sobre su propia capacidad de silencio que no sabía cómo responder.

Pero eso, de momento, no era asunto de la IAA.

CAPÍTULO 8

La verificación

Varios lugares, varios meses

La campana salió de la cavidad un martes de diciembre, tres semanas después del regreso de Benjamín de Edimburgo, en una operación que duró cuatro horas y que Dov ejecutó con la misma competencia silenciosa con que había ejecutado todo lo anterior. Estaba ahora en el apartamento de la calle Ramban, sobre la mesa de trabajo, bajo una cubierta de material de preservación que Benjamín levantaba cada día para examinarla durante periodos que Marta, la única persona que sabía que estaba ahí, describió en su cuaderno de notas como *contemplación sistemática*, que era la descripción más precisa que encontró para algo que no era exactamente análisis pero tampoco era exactamente otra cosa.

El padre Bruckner la vio por primera vez una tarde de diciembre con una lluvia fina golpeando la ventana y el apartamento oliendo a café y a los documentos que habían ido acumulándose sobre todas las superficies disponibles en las semanas previas. Se quedó de pie frente a ella durante un tiempo considerable sin decir nada, con las manos en los bolsillos, y luego dijo:

—Es más pequeña de lo que imaginaba.

—La mayoría de las cosas importantes son más pequeñas de lo que se imagina —dijo Benjamín.

—Y más pesadas —dijo el padre Bruckner, porque Benjamín le había dicho el peso y el jesuita tenía la costumbre de recordar los datos técnicos con la misma precisión con que recordaba los textos.

—Y más pesadas —confirmó Benjamín.

El padre Bruckner se sentó frente a la mesa y durante un rato los dos permanecieron en silencio mirando el objeto que había esperado veintisiete siglos en un nicho de piedra para llegar a una mesa de apartamento en Jerusalén bajo una lluvia de diciembre.

—Me dijiste que tenías que contarme algo sobre las condiciones en que funciona —dijo Benjamín—. Antes de que intentara usarlo.

—Sí —dijo el padre Bruckner—. Los textos que encontré mientras estabas en Londres son consistentes con algo que la literatura del período describe en términos que la arqueología habitual no examina porque los considera teológicos y no técnicos. Pero si uno los lee como descripción de un proceso en lugar de como metáfora espiritual, dicen algo específico.

—Dímelo específico.

El jesuita abrió el cuaderno donde llevaba sus notas.

—Los textos del Templo, los canónicos y los paralelos, describen los rituales del Lugar Santo en términos que implican una preparación del participante que no es ritual en el sentido purificatorio habitual. Es algo más parecido a lo

que los textos contemplativos posteriores, los de la tradición mística tanto judía como cristiana, describen como *presencia*, que es una forma de atención que excluye la distracción no por disciplina sino por algo más cercano a la resonancia. —Hizo una pausa—. Lo que los textos sugieren, en lenguaje que no es el mío habitual pero que es el único que tengo para esto, es que el objeto no opera sobre quien lo usa. Opera con quien lo usa. Y eso requiere que quien lo usa esté disponible de una manera específica.

Benjamín lo miró.

—¿Disponible en qué sentido?

—En el sentido de no estar dividido —dijo el padre Bruckner—. Presente sin reservas. Sin la parte de uno mismo que observa lo que está ocurriendo desde afuera para poder controlarlo. —Miró a Benjamín con esa expresión suya de cuando dice algo que sabe que va a resultar incómodo—. Que es exactamente lo opuesto de cómo tú funciones habitualmente.

Benjamín no respondió a eso inmediatamente porque era verdad y porque las verdades que uno no puede refutar merecen un silencio antes de ser aceptadas.

—¿Y las secuencias sonoras? —dijo al fin—. Los papiros mencionaban secuencias.

—Los papiros las mencionan pero no las describen directamente —dijo el padre Bruckner—. Lo que sí describen, y lo que los rituales masónicos del grado dieciocho confirman de manera oblicua, es que la campana no produce el sonido por sí sola. Requiere ser tocada de una manera específica que combina la posición del objeto, el tipo de contacto y algo que los textos llaman *la intención del gesto*, que es el componente más difícil de traducir en términos que un musicólogo o un físico acústico puedan trabajar.

—Pero hay una secuencia técnica.

—Hay una secuencia técnica —confirmó el padre Bruckner—. Pero la secuencia técnica es el cuerpo del proceso. Lo que los textos llaman *la intención del gesto* es lo que lo anima. Y los dos tienen que estar presentes simultáneamente o el resultado es sonido sin efecto. Que es, por cierto, lo que habrá ocurrido en los intentos históricos de reproducir el objeto que no llegaron a ningún resultado verificable.

Benjamín miró la campana durante un momento.

—¿Tienes la secuencia técnica?

—Tengo una reconstrucción aproximada basada en tres fuentes distintas que son parcialmente consistentes entre sí —dijo el padre Bruckner—. Para afinarla necesito un musicólogo que conozca la música del Próximo Oriente antiguo y un físico acústico que pueda trabajar con las propiedades específicas de esta aleación. Y necesito que ninguno de los dos sepa exactamente qué es lo que están analizando.

Las siguientes semanas produjeron el proceso más lento y más fragmentado de toda la investigación. Benjamín contactó a través de colegas

intermediarios a dos especialistas: el primero era un musicólogo de la Universidad de Viena llamado Hartmann que había publicado extensamente sobre los sistemas de afinación en la música del Próximo Oriente antiguo y que aceptó consultar las fotografías de las inscripciones y los análisis de la aleación sin hacer preguntas sobre el objeto que las había producido, a cambio de una compensación que Benjamín pagó de los fondos de investigación con una justificación administrativa que era técnicamente verdadera y contextualmente incompleta.

El segundo era una física acústica de la Universidad Técnica de Múnich llamada Irene Kastner, a quien Benjamín había conocido en un congreso interdisciplinario tres años antes y que tenía una especialidad inusual en las propiedades resonantes de aleaciones metálicas antiguas. Kastner examinó los datos de composición de la campana con el interés específico de quien encuentra un problema técnico que no esperaba encontrar.

—Esta aleación no debería resonar de esta manera —dijo, en la primera llamada después de revisar los análisis—. Las proporciones de los elementos producirían teóricamente un amortiguamiento de la vibración, no una amplificación. Y sin embargo los datos de respuesta acústica que me envió sugieren exactamente lo contrario.

—¿Qué sugieren? —dijo Benjamín.

—Sugieren que el objeto fue diseñado para amplificar frecuencias específicas que corresponden al rango de la voz humana —dijo Kastner—. No todas las frecuencias. Solo un rango muy preciso entre los ciento cincuenta y los cuatrocientos hercios. Que es, dicho sea de paso, el rango en que se concentra la mayor parte de la información emocional y semántica del habla humana.

Benjamín escribió eso en el cuaderno y lo subrayó dos veces.

El primer intento ocurrió en el apartamento de la calle Ramban, un jueves por la noche, con el padre Bruckner, Marta y un médico amigo de Benjamín llamado Stefan Weiss que había aceptado participar en lo que Benjamín describió como una prueba experimental de un instrumento musical antiguo, descripción que Stefan aceptó con escepticismo benévolo de los que llevan suficiente tiempo conociendo a Benjamín como para saber que sus experimentos raramente son lo que parecen y que raramente son completamente inofensivos pero tampoco completamente irresponsables.

Stefan tenía una artritis reumatoide en las manos que llevaba cinco años tratando con resultados parciales. No era una condición terminal ni urgente. Era una condición crónica con la que había aprendido a convivir y que en los días de mayor intensidad limitaba su trabajo quirúrgico de una manera que lo irritaba con la intensidad específica de los impedimentos que uno no puede controlar.

La secuencia que el padre Bruckner había reconstruido implicaba golpear la campana con un malet de madera en tres puntos específicos de la superficie exterior, en un orden y con un intervalo temporal que Hartmann había

calculado basándose en los sistemas rítmicos del período y que Kastner había confirmado como consistente con las propiedades resonantes del objeto. El proceso completo duraba aproximadamente noventa segundos.

El primer intento no produjo nada observable.

El segundo tampoco.

En el tercero, Benjamín modificó ligeramente el ángulo del golpe en el segundo punto, siguiendo una intuición basada en las marcas de desgaste que había observado en la superficie del objeto durante sus semanas de examen, y el sonido que produjo la campana fue diferente a los dos anteriores: más profundo, con un componente de baja frecuencia que Benjamín sintió más que escuchó, una vibración que no era desagradable sino que tenía esa cualidad específica de las frecuencias que el cuerpo registra antes que los oídos.

Nadie dijo nada durante varios segundos después de que el sonido se extinguió.

Stefan Weiss tenía las manos sobre la mesa, planas, y miraba sus propios dedos con una expresión que Benjamín no supo clasificar de inmediato.

—¿Estás bien? —dijo Benjamín.

—Sí —dijo Stefan—. Estoy bien. —Una pausa—. Es raro. No siento el dolor habitual en los nudillos. Puede ser que la posición los haya relajado.

—¿O puede ser otra cosa? —dijo el padre Bruckner.

Stefan lo miró.

—Puede ser otra cosa —dijo, con la cautela de quien ha pasado veinte años en medicina aprendiendo a no atribuir causalidad donde solo hay correlación —. Pero no lo sé todavía. Necesitaría tiempo para verificar.

El tiempo produjo algo que ninguno de los cuatro sabía exactamente cómo manejar.

Al día siguiente Stefan llamó a Benjamín.

—Mis manos —dijo, con una voz que tenía una textura diferente a la habitual, algo entre la perplejidad y una emoción que no terminaba de nombrarse—. Esta mañana he podido cerrar el puño completamente. Completamente. Llevo cinco años sin poder hacerlo.

Benjamín no respondió de inmediato.

—¿Cuánto dura? —dijo al fin.

—No lo sé —dijo Stefan—. Es esta mañana. No tengo más datos que esta mañana.

—¿Cuándo podemos volver a intentarlo?

Una pausa.

—Dame una semana —dijo Stefan—. Necesito observar si esto se mantiene o se revierte. Y necesito que me cuentes qué es exactamente lo que tocamos.

—Te lo cuento cuando tengas los datos de la semana —dijo Benjamín.

Colgó. Se quedó con el teléfono en la mano durante un momento y luego lo dejó sobre la mesa junto a la campana y el cuaderno y el anillo que había sacado del dedo porque en los últimos días había desarrollado el hábito de tenerlo visible sobre la mesa mientras trabajaba, como si necesitara que Jakob estuviera presente en la forma que podía estarlo.

Miró el objeto.

El objeto, desde luego, no le devolvió la mirada. Era metal y geometría y siglos de espera y una aleación que no debería resonar de la manera en que resonaba. No era nada más que eso en términos estrictamente materiales.

Y sin embargo.

Al día siguiente comenzaron los intentos sistemáticos de replicación. Benjamín llamó a Irene Kastner y le pidió que viniera a Jerusalén, sin explicarle completamente por qué, con una compensación que ella aceptó porque el problema técnico era suficientemente interesante como para justificar el viaje independientemente del contexto. Kastner llegó con equipo de medición acústica portátil y la expresión de alguien que ha accedido a algo que sospecha que va a resultar más complicado de lo que le dijeron, que era exactamente lo que iba a resultar.

Lo que el proceso de replicación reveló en las semanas siguientes fue más desconcertante que el primer efecto.

Los efectos eran reales en las condiciones correctas. No siempre. No de manera mecánicamente reproducible. Dependían de variables que Kastner podía medir parcialmente y describir con precisión técnica pero que no podía controlar: la acústica del espacio donde se producía el sonido, la posición relativa de las personas presentes, y algo que Kastner describía en sus notas como *coherencia del entorno*, que era su manera de nombrar lo que el padre Bruckner llamaba *disponibilidad* y que Benjamín, en su propio cuaderno, escribía simplemente como *la condición que no puedo producir en mí mismo*.

Porque eso era lo más perturbador de todo.

En cada sesión de las que Benjamín pudo observar con suficiente objetividad, el efecto era perceptible en distintos grados en todos los presentes menos en él. Stefan informaba alivio en sus articulaciones que variaba en intensidad pero que nunca desaparecía completamente entre sesiones. Marta, que participó en tres sesiones documentando, describió en dos de ellas una sensación de claridad que no podía precisar mejor que eso pero que era suficientemente consistente como para que ella misma la registrara como dato. El padre Bruckner, que participaba con la atención contemplativa de quien ha pasado décadas practicando formas de presencia que la mayoría de las personas no ejercitan, informaba en cada sesión algo que describía con una precisión que Benjamín envidiaba: *una coherencia momentánea entre lo que pienso y lo que soy, que normalmente no es perfecta*.

Benjamín, en cada sesión, no sentía nada que pudiera distinguir del estado habitual de su mente, que era el estado de alguien que observa lo que ocurre desde una posición ligeramente exterior a lo que ocurre, con una parte de sí mismo siempre disponible para el análisis y el control y la posibilidad de retroceder.

Era exactamente lo que el padre Bruckner le había dicho.

No estar dividido. Presente sin reservas. Sin la parte de uno mismo que observa lo que está ocurriendo desde afuera para poder controlarlo.

Benjamín había pasado cincuenta y dos años construyendo exactamente esa parte de sí mismo. Era su instrumento de trabajo, su protección, su manera de existir en un mundo que había aprendido desde los dieciséis años a no confiar completamente. El anillo de Jakob estaba en el dedo de un hombre que había decidido muy temprano que la única manera segura de llevar una herida era no permitir que la herida lo llevara a él.

Y el objeto que había encontrado después de veinticinco años de búsqueda requería exactamente lo opuesto.

Lo escribió en el cuaderno una noche de febrero, con la lluvia de Jerusalén afuera y la campana sobre la mesa y el anillo junto a ella:

El objeto funciona. Los efectos son reales aunque no completamente reproducibles. La condición que requiere para operar sobre quien lo usa es la única condición que yo no puedo producir. He encontrado lo que buscaba y no puedo acceder a lo que ofrece. Jakob llegó aquí antes que yo y tampoco llegó. Hanna me dijo que lo reconocería cuando lo encontrara. Tenía razón. Lo que no me dijo es que reconocerlo no sería suficiente.

Debajo de eso, después de un tiempo:

O quizás sí me lo dijo. Quizás eso era exactamente lo que me estaba diciendo cuando dijo que no con la cabeza, con otra cosa. Y yo lo escuché con la cabeza.

Cerró el cuaderno.

Afuera la lluvia continuaba con la indiferencia de los fenómenos atmosféricos para con los dilemas humanos, que es una indiferencia que Benjamín había aprendido a encontrar reconfortante porque al menos era honesta.

En la mesa, bajo la luz de la lámpara, la campana esperaba con la paciencia que tenía desde antes de que naciera nadie que pudiera usarla.

Como siempre.

Como todavía.

CAPÍTULO 9

Las condiciones

Múnich y Jerusalén

Stefan Weiss volvió a Jerusalén tres semanas después de la primera sesión con una carpeta de datos clínicos que había compilado con la meticulosidad de quien ha pasado veinte años tomando en serio la evidencia aunque la evidencia no tome en serio sus expectativas. La mejoría en las articulaciones se había mantenido con una consistencia que él mismo encontraba difícil de atribuir a causas conocidas: no había cambiado la medicación, no había modificado los hábitos, no había hecho nada diferente excepto participar en una sesión de noventa segundos con un instrumento musical antiguo en un apartamento de Jerusalén.

La inflamación había reducido en un cuarenta por ciento según los marcadores séricos. El rango de movimiento había aumentado de manera que sus propias manos confirmaban cada mañana cuando cerraba el puño con una facilidad que seguía sorprendiéndolo aunque ya llevaba semanas ocurriendo.

—Necesito que me lo expliques —dijo Stefan, sentándose frente a Benjamín con la carpeta sobre la mesa entre los dos—. No como arqueólogo. Como alguien que me debe una explicación.

Benjamín le contó. No todo, pero lo suficiente para que Stefan tuviera el contexto que necesitaba para entender lo que había experimentado. Le contó la cavidad, la campana, las inscripciones, la función que los textos le atribuían. Le contó los efectos que habían observado en las sesiones previas. Le contó, porque Stefan merecía saberlo, que los efectos no eran mecánicamente reproducibles y que dependían de condiciones que nadie había podido controlar completamente.

Stefan escuchó sin interrumpir. Cuando Benjamín terminó, se quedó un momento mirando la campana que estaba en la mesa bajo su cubierta de preservación, con esa expresión de los médicos que han recibido una información que contradice su marco de referencia y están decidiendo si el marco merece ser revisado.

—¿Cuántas personas más lo saben? —dijo.

—Las que estaban en la primera sesión —dijo Benjamín—. Y Rivka Alon, que sabe que existe pero no sabe qué es exactamente.

—¿Puedes mantenerlo así?

—No indefinidamente —dijo Benjamín—. El mundo exterior ya está empezando a moverse.

Era verdad. En las semanas anteriores habían ocurrido tres cosas que individualmente eran manejables y en conjunto producían una presión que Benjamín había empezado a sentir como el peso específico de algo que se acerca sin anunciarse pero que anuncia su proximidad de otras maneras.

La primera era la IAA. La reunión de seguimiento que Rivka había coordinado había resultado en una solicitud de documentación adicional sobre los estudios geotécnicos en el sector norte, que era el sector donde la anomalía había sido detectada. La solicitud era rutinaria en su forma y en su

contenido, pero su timing sugería que alguien en la institución había notado algo en los informes que merecía atención adicional.

Rivka había manejado la reunión con la eficiencia que la caracterizaba, entregando la documentación disponible con precisión y sin ofrecer nada que no hubiera sido solicitado, pero le había dicho a Benjamín esa tarde con una calma que era también una advertencia:

—Tienen un mes más de paciencia institucional. Quizás seis semanas. Después van a pedir acceso directo al sitio.

La segunda era Khalid Mansour. Khalid había enviado a Benjamín un correo electrónico breve y técnico informando que el Waqf había recibido consultas de sus propios asesores geotécnicos sobre la anomalía reportada en el informe mensual, y que esas consultas habían generado una solicitud interna de verificación independiente.

El correo no contenía ninguna amenaza explícita ni ninguna demanda inmediata. Era simplemente información. Pero Khalid era un hombre que entregaba información con la precisión de quien sabe exactamente qué hace con ella, y la información que había entregado era que el Waqf estaba prestando atención.

La tercera era más difusa y por eso más inquietante. El padre Bruckner había mencionado en una conversación reciente que ciertos colegas suyos en Roma habían comenzado a hacer preguntas sobre su presencia en Jerusalén, preguntas que no eran amenazantes en su formulación pero que revelaban un nivel de información sobre sus actividades que no podía explicarse por los canales habituales de comunicación académica.

El jesuita había respondido con la evasión elegante que las décadas en la Compañía de Jesús enseñan, pero había dicho a Benjamín con la honestidad que reservaba para las conversaciones privadas: hay alguien en Roma que sabe más de lo que debería saber, y no es uno de los nuestros.

Stefan escuchó todo esto con la atención de alguien que está recalibrando su comprensión de la situación en tiempo real.

—¿Cuánto tiempo tienes antes de que alguna de estas presiones se vuelva irreversible? —dijo.

—Dos meses —dijo Benjamín—. Quizás tres si manejo bien la IAA. Después de eso necesito tener una decisión tomada sobre qué hacer con esto.

—¿Y qué opciones tienes?

Benjamín miró la campana.

—Las que siempre he tenido —dijo—. Destruirla, ocultarla de nuevo, o usarla de manera que no pueda ser ignorada.

—¿Cuál vas a elegir?

—Todavía no lo sé.

Stefan asintió como si esa respuesta fuera la que esperaba.

—Necesito pedirte algo —dijo—. Para antes de que tomes esa decisión.

—Dime.

—Quiero traer a dos colegas. Un oncólogo y una neuróloga. Sin decirles exactamente qué es esto. Con un paciente que haya dado su consentimiento para participar en una prueba experimental. —Hizo una pausa—. No para probar que funciona. Para entender qué tan lejos llega lo que hace.

Benjamín lo consideró durante un momento.

—¿Tienes un paciente en mente?

—Tengo varios —dijo Stefan—. El que elegiría es un hombre de cincuenta y ocho años con un glioblastoma multiforme en estadio cuatro. Pronóstico de tres a seis meses. Ha agotado las opciones convencionales y ha firmado consentimientos para todo lo que yo le proponga siempre que sea experimental y no le quite tiempo útil. —Miró a Benjamín—. No espero que esto lo cure. Espero entender qué hace exactamente.

La sesión en Múnich ocurrió tres semanas después, en la clínica privada de Stefan en Schwabing, a cinco minutos a pie del edificio donde Hanna había vivido y donde Benjamín había recibido el anillo a los doce años, coincidencia geográfica que no mencionó a nadie pero que registró en el cuaderno como el tipo de detalle que uno no sabe si es significativo o si parece significativo porque uno necesita que lo sea.

El paciente se llamaba Werner Hoffmann. Era un hombre de complexión fuerte que el glioblastoma había adelgazado sin quitarle completamente la presencia física de alguien que había sido robusto. Tenía el tipo de serenidad específica de los enfermos terminales que han aceptado su condición sin rendirse a ella, esa serenidad que no es resignación sino algo más parecido a la claridad que produce saber con certeza que el tiempo es finito.

Los dos colegas de Stefan eran Madeleine Fournier, oncóloga del Hospital de la Ludwig-Maximilians-Universität, y Klaus Berger, neurólogo del mismo hospital. Ambos habían aceptado participar en lo que Stefan describió como una prueba de resonancia acústica experimental con posibles aplicaciones terapéuticas.

Ninguno de los dos había preguntado demasiado porque Stefan tenía la reputación de las personas que cuando piden algo tienen razones para pedirlo aunque no las expliquen completamente.

La campana estaba en la sala, sobre una mesa auxiliar, cubierta hasta el momento de la sesión. Benjamín estaba presente como investigador principal del proyecto, presentado simplemente por su nombre y su afiliación universitaria. El padre Bruckner no estaba. Irene Kastner sí, con su equipo de medición acústica configurado en un rincón de la sala con la discreción de quien sabe que lo que mide no debe interferir con lo que mide.

Cuando Stefan descubrió la campana, Madeleine Fournier la examinó con la atención de alguien que procesa objetos nuevos con criterios que no son

exactamente los adecuados para ese objeto pero son los únicos que tiene disponibles.

Klaus Berger dijo que era más pequeña de lo que esperaba, que era lo mismo que había dicho el padre Bruckner meses antes, y Benjamín pensó que era una observación que las personas hacían sobre ciertas cosas importantes como una forma de gestionar la distancia entre sus expectativas y lo que tenían delante.

Werner Hoffmann miró la campana durante un momento y luego miró a Benjamín con una expresión que Benjamín no supo clasificar de inmediato.

—¿Qué hace? —dijo Hoffmann.

—Eso es lo que intentamos entender —dijo Benjamín, que era verdad.

—¿Puede doler?

—No —dijo Benjamín—. No ha producido ningún efecto adverso en las sesiones previas.

Hoffmann asintió.

—De acuerdo —dijo, con la simplicidad de alguien para quien el umbral del riesgo aceptable está en un lugar diferente al de la mayoría de las personas.

La sesión siguió el protocolo que Benjamín y Kastner habían refinado en las semanas anteriores: tres golpes en los puntos específicos de la superficie exterior, con los intervalos calculados, con el ángulo que la primera sesión había mostrado como el más efectivo.

El sonido llenó la sala con esa cualidad suya de frecuencia que se siente antes de escucharse, y Kastner registró en tiempo real los datos que sus instrumentos capturaban.

El silencio que siguió duró aproximadamente veinte segundos.

Madeleine Fournier fue la primera en hablar.

—¿Qué fue eso exactamente? —dijo, con una voz que tenía una textura diferente a la que había tenido antes de la sesión, algo entre la perplejidad y algo más difícil de nombrar.

—Eso es lo que estamos documentando —dijo Kastner, sin levantar la vista de sus instrumentos.

Werner Hoffmann tenía los ojos cerrados. Los mantuvo cerrados durante un tiempo que Benjamín midió en su reloj: cuarenta y siete segundos. Cuando los abrió, miró sus manos primero y luego miró a Stefan con una expresión que Stefan registró en sus notas como *reconocimiento de algo no esperado*.

—El dolor de cabeza —dijo Hoffmann, en voz baja.

—¿Qué pasa con él? —dijo Stefan.

—No está —dijo Hoffmann—. Llevo cuatro meses con dolor de cabeza constante. Ahora no está.

El silencio que siguió a esa frase fue diferente al anterior. Era el silencio de un grupo de personas que acaban de recibir información que ninguno de ellos sabe exactamente cómo manejar.

Madeleine Fournier hizo las preguntas clínicas que su formación le exigía hacer: escala del dolor, localización, comparación con el estado previo a la sesión. Klaus Berger hizo un examen neurológico rápido con la metodología de quien sabe que el resultado de ese examen no va a explicar lo que acaba de ocurrir pero que necesita hacerlo de todas formas porque es lo que sabe hacer.

Stefan tomaba notas con la concentración de quien sabe que lo que registra en las próximas horas va a ser la única documentación disponible de algo que después será muy difícil de reproducir en las mismas condiciones.

Benjamín observaba desde su posición habitual, ligeramente exterior a lo que ocurría, con la parte de sí mismo que siempre observaba desde afuera completamente activa y completamente impermeable al sonido que había llenado la sala treinta segundos antes.

Como siempre.

Como en todas las sesiones anteriores.

El efecto en Hoffmann se mantuvo durante cuatro días, según el seguimiento clínico que Stefan realizó con Madeleine y Klaus en los días posteriores. El dolor de cabeza reapareció gradualmente al quinto día, con una intensidad que los tres médicos coincidieron en describir como menor que la previa a la sesión.

Los marcadores inflamatorios en sangre mostraron una reducción del veintidós por ciento que ninguno de los tres pudo atribuir a ninguna causa identificable dentro de su marco clínico habitual.

Madeleine Fournier llamó a Stefan al sexto día.

—Necesito saber qué es ese objeto —dijo.

—Es un instrumento musical antiguo de origen próximo-oriental —dijo Stefan, que era verdad.

—Stefan.

—No puedo darte más contexto todavía —dijo Stefan—. Lo que sí puedo decirte es que lo que observamos es real, que no es reproducible mecánicamente, y que las condiciones que determinan la intensidad del efecto todavía no están completamente comprendidas.

Una pausa.

—¿Hay más pacientes? —dijo Madeleine.

—Todavía no —dijo Stefan.

—¿Cuándo?

—Cuando tengamos más control sobre las variables —dijo Stefan—. Que puede ser pronto o puede ser nunca, dependiendo de cosas que no dependen de mí.

Cuando Stefan le contó esta conversación a Benjamín, lo hizo con la expresión de alguien que ha comprendido plenamente la dimensión del problema.

—Ya no puedes mantenerlo solo —dijo Stefan—. Madeleine va a seguir preguntando. Klaus también. Y si uno de ellos habla con alguien, la información va a moverse de una manera que no vas a poder controlar.

—Lo sé —dijo Benjamín.

—¿Qué vas a hacer?

Benjamín miró la campana, que había regresado al apartamento de la calle Ramban después de la sesión de Múnich y que descansaba sobre la mesa bajo su cubierta con la misma quietud de siempre, completamente indiferente a todo lo que se había movido a su alrededor en las últimas semanas.

Pensó en Werner Hoffmann, cuatro días sin dolor de cabeza después de cuatro meses de dolor constante.

Pensó en Stefan con el puño cerrado por primera vez en cinco años.

Pensó en el padre Bruckner describiendo *una coherencia momentánea entre lo que pienso y lo que soy*.

Pensó en sí mismo, en cada sesión, sintiendo exactamente lo mismo de siempre.

—Voy a tomar una decisión —dijo.

—¿Cuándo?

—Pronto —dijo Benjamín—. Antes de que el mundo exterior tome la suya.

En el cuaderno, esa noche, escribió una sola línea:

Lo que no resuelve sino que atenúa genera dependencia. Y la dependencia de algo que no puede controlarse ni distribuirse ni reproducirse es exactamente el tipo de poder que los sistemas no toleran sin intentar administrarlo.

Debajo, después de un tiempo largo mirando la pared:

Jakob. ¿Qué habrías hecho tú?

No hubo respuesta.

Nunca la había.

Pero la pregunta, como siempre, ayudaba a formular la siguiente.

CAPÍTULO 10

El mundo exterior

Jerusalén, Berlín, Roma

La carta de la Israel Antiquities Authority llegó un lunes por la mañana, en papel membretado con el sello institucional que en Israel funciona como una forma específica de advertencia: no amenaza todavía, pero ya no pregunta. Estaba dirigida al proyecto de restauración estructural en las inmediaciones del Monte del Templo, atención Dra. Rivka Alon y Dr. Benjamín Klintsmann, y solicitaba en términos formales pero inequívocos una reunión de revisión integral para la semana siguiente, con presentación de toda la documentación geotécnica y arqueológica producida desde el inicio del proyecto, incluyendo los datos de los sectores norte y noreste que habían aparecido en los informes mensuales con una clasificación que la carta describía como insuficientemente detallada para los estándares institucionales.

Rivka leyó la carta antes que Benjamín. Se la entregó esa tarde en la oficina del proyecto con una expresión que no era acusatoria sino de alguien que ha llegado al límite de lo que puede administrar sin información completa.

—La semana que viene —dijo.

—Lo sé —dijo Benjamín.

—Benjamín. —Su voz tenía una textura específica, la de las personas que han ejercido paciencia durante más tiempo del que consideraban necesario y han llegado al punto en que la paciencia deja de ser una estrategia y se convierte en una forma de complicidad que no están dispuestas a sostener —. Ya no puedo manejar esto sin saber qué es lo que estoy manejando. No por mí. Porque si en esa reunión me preguntan algo que no puedo responder con la información que tengo, voy a quedar en una posición que compromete no solo este proyecto sino todo lo que viene después.

Benjamín la miró durante un momento.

—El jueves —dijo—. Te lo cuento el jueves.

—¿Por qué el jueves?

—Porque el miércoles tengo una conversación que necesito tener antes de contártelo a ti —dijo Benjamín.

Rivka asintió con la expresión de alguien que acepta una respuesta insatisfactoria porque la alternativa es una confrontación que tampoco resuelve nada antes del jueves.

La conversación del miércoles era con Khalid Mansour.

Benjamín la había solicitado directamente, sin intermediarios, lo cual en sí mismo era una señal que Khalid leyó con la precisión que lo caracterizaba, porque Benjamín y Khalid habían mantenido hasta ese momento una relación de trabajo que operaba a través de los canales formales del proyecto sin reuniones bilaterales no programadas. Que Benjamín pidiera una era información.

Se vieron en un café en el barrio de Musrara, en esa zona de Jerusalén donde la ciudad occidental y oriental se tocan con la fricción específica de los espacios que han sido frontera y que llevan la frontera inscrita en su arquitectura aunque ya no haya barrera física. Era un café que Khalid había propuesto, lo cual también era información.

Khalid llegó puntual, pidió un té, y esperó.

—Quiero ser directo contigo —dijo Benjamín—. Hay algo en el subsuelo de la propiedad que va más allá de lo que los permisos autorizan. Tú lo sabes. El Waqf probablemente lo sospecha. La IAA está empezando a presionar. Quiero saber cuál es tu posición antes de que las cosas se aceleren de una manera que no beneficia a nadie.

Khalid tomó el té sin responder de inmediato. Era un hombre que procesaba las situaciones con la misma metodología con que procesaba los datos geotécnicos: observación antes de interpretación, interpretación antes de conclusión.

—Mi posición —dijo al fin— es la que siempre ha sido. Soy ingeniero geotécnico contratado para documentar las condiciones del subsuelo de una propiedad privada dentro de los parámetros de los permisos vigentes. —Una pausa—. Lo que observo fuera de esos parámetros es información que tengo obligación contractual de reportar al Waqf cuando es relevante para la integridad estructural o para el patrimonio cultural bajo su custodia.

—¿Y lo que detectaste en el sector norte? —dijo Benjamín.

—Lo reporté como anomalía pendiente de verificación —dijo Khalid—. Que es exactamente lo que era en el momento del reporte.

—¿Y ahora?

Khalid lo miró con esa expresión suya que no era hostil ni amigable sino completamente informativa para quien supiera leerla.

—Ahora —dijo— es una anomalía que ya no está pendiente de verificación porque alguien la verificó sin los permisos correspondientes. Y eso es algo que el Waqf va a querer discutir en términos que van más allá de la geotecnia.

Silencio.

—¿Qué quiere el Waqf? —dijo Benjamín.

—El Waqf quiere saber qué hay en ese subsuelo —dijo Khalid—. No para confiscarlo ni para bloquearlo. Para saber. —Hizo una pausa—. Lo que esté bajo esa explanada afecta a un lugar que tiene una significación que no se mide en términos arqueológicos ni académicos. Eso no significa que el Waqf se oponga al estudio. Significa que el Waqf necesita ser parte de la conversación. No como obstáculo. Como parte.

Benjamín consideró esto durante un momento.

—¿Cuánto tiempo tengo antes de que esa conversación se vuelva obligatoria? —dijo.

—Menos del que crees —dijo Khalid—. Más del que temes. —Se puso de pie —. Una semana, quizás dos. Después de la reunión con la IAA. Lo que salga de esa reunión determinará la velocidad de lo que venga después.

Pagó el té y salió del café con esa manera suya de abandonar los espacios que no revelaba nada sobre lo que había pensado en ellos.

Benjamín se quedó otros diez minutos con su café, mirando la calle de Musrara donde Jerusalén practicaba su coexistencia habitual de tensiones que no estallan porque las dos partes han aprendido que el estallido tampoco resuelve nada, y pensó que Khalid Mansour era el personaje más honesto del proyecto, posiblemente porque era el único que no tenía nada que ocultar sobre sus propias motivaciones.

El jueves, Benjamín le contó todo a Rivka Alon.

Lo hizo en el apartamento de la calle Ramban, con la campana sobre la mesa entre los dos, con los documentos relevantes y las fotografías y el cuaderno de notas, y con la misma completitud con que se lo habría contado a sí mismo si hubiera tenido que hacerlo en voz alta. No omitió la cavidad no autorizada. No omitió las sesiones. No omitió la paradoja de que el objeto funcionaba en todos menos en él. No omitió a Jakob ni a Hanna ni al anillo ni a los cuarenta años que mediaban entre el apartamento de Schwabing y esa mesa en Jerusalén.

Rivka escuchó durante casi dos horas sin interrumpir. Cuando Benjamín terminó, se quedó mirando la campana durante un tiempo y luego dijo:

—¿Puedo tocarla?

—Con los guantes —dijo Benjamín.

Rivka se puso los guantes de nitrilo que Benjamín le tendió y sostuvo la campana con las dos manos durante un momento, con la atención de los arqueólogos que tienen la costumbre de procesar los objetos tanto con las manos como con los ojos.

—Es más pesada de lo que parece —dijo.

—Todo el mundo dice lo mismo —dijo Benjamín.

Rivka la dejó sobre la mesa.

—Benjamín —dijo—, lo que me acabas de contar tiene tres capas de problema y necesitas escucharlas todas.

—Escucho.

—La primera es legal —dijo—. Las incursiones no autorizadas en el subsuelo de una zona de sensibilidad patrimonial son una violación del marco regulatorio israelí que puede resultar en la revocación de los permisos del proyecto, en cargos civiles y potencialmente penales, y en la inhabilitación profesional de todos los involucrados. Eso incluye a Dov y a Marta y a mí, aunque yo no estuviera presente, porque mi firma está en los informes del proyecto.

Benjamín no interrumpió.

—La segunda es política —continuó Rivka—. Lo que está debajo de esa explanada, independientemente de lo que sea, tiene implicaciones para tres tradiciones religiosas que llevan siglos disputando exactamente ese subsuelo. Cualquier hallazgo en esa zona es automáticamente político antes de ser arqueológico. No hay manera de separar las dos cosas.

—Lo sé —dijo Benjamín.

—La tercera es la más difícil —dijo Rivka—. Si lo que me estás describiendo sobre los efectos del objeto es verdad, y yo no tengo razones para dudar de Stefan Weiss ni de Irene Kastner, entonces lo que tienes sobre esa mesa no es solo un hallazgo arqueológico extraordinario. Es algo que el mundo no sabe cómo manejar porque no tiene categorías para ello. Y los sistemas, cuando encuentran algo para lo que no tienen categorías, tienden a destruirlo o a apropiárselo. —Hizo una pausa—. Ambas opciones son igualmente malas.

Silencio.

—¿Y tu postura? —dijo Benjamín.

Rivka lo miró con esa expresión suya de quien ha llegado a una conclusión que no le resulta completamente cómoda pero que considera la correcta.

—Mi posición es que estoy dentro —dijo—. No porque apruebe cómo llegaste hasta aquí. Sino porque ya estoy dentro de todas formas, y porque si voy a estar dentro prefiero estarlo con información completa. —Una pausa—. Y porque lo que me has contado sobre los efectos hace que la alternativa de no estar dentro sea una que no puedo justificar ante mí misma.

Benjamín asintió.

—Gracias —dijo.

—No me agradezcas —dijo Rivka—. Dime qué vamos a decirle a la IAA la semana que viene.

Esa tarde Benjamín recibió una llamada del padre Bruckner desde Roma, donde el jesuita había viajado tres días antes para una serie de reuniones que había descrito vagamente como compromisos académicos y que Benjamín sabía que no eran completamente eso.

—Hay algo que necesitas saber —dijo el padre Bruckner, con una voz que tenía una textura diferente a la habitual, más contenida, como si estuviera hablando desde un espacio donde no quería que lo escucharan.

—Dime.

—Las preguntas que mencioné sobre mi presencia en Jerusalén —dijo—. He podido identificar de dónde vienen. No de la Compañía, como pensaba. De otro lugar.

—¿Qué lugar?

Una pausa.

—¿Recuerdas que te mencioné que ciertos círculos vaticanos habían tomado nota de la investigación? —dijo el padre Bruckner—. No es exactamente el Vaticano. Es algo más específico. Hay una estructura dentro de la Iglesia, antigua, no oficial en el sentido administrativo aunque tampoco completamente extraoficial, que lleva siglos manteniendo lo que podríamos llamar una vigilia sobre ciertos objetos y ciertos conocimientos que la Iglesia considera de su incumbencia aunque no haya podido nunca documentarlos formalmente. —Hizo una pausa—. Saben que encontraste algo. No saben exactamente qué. Pero saben que es relevante para ellos.

—¿Cómo lo saben?

—Whitmore —dijo el padre Bruckner—. No deliberadamente. Whitmore es un archivero íntegro que hizo exactamente lo que debía hacer cuando un investigador llegó con preguntas legítimas. El problema es que las preguntas legítimas sobre ciertos temas en ciertos archivos activan alertas en ciertas estructuras que llevan mucho tiempo monitoreando esos mismos temas.

Benjamín procesó esto durante un momento.

—¿Qué quieren? —dijo.

—Lo que siempre han querido —dijo el padre Bruckner—. Ser parte de la conversación. O administrar la conversación. Dependiendo de cómo se desarrollen las cosas, puede ser lo uno o lo otro.

—¿Y tú, Anselm? —dijo Benjamín—. ¿Qué quieres tú en todo esto?

Un silencio más largo.

—Quiero que lo que encontraste no desaparezca —dijo el padre Bruckner—. Ni en un cajón institucional ni en una cámara acorazada del Vaticano ni en el subsuelo de Jerusalén. —Otra pausa—. Y quiero que tomes la decisión correcta, que es algo diferente a la decisión conveniente.

—¿Y sabes cuál es la decisión correcta?

—No —dijo el padre Bruckner—. Pero sé que tú sí. O lo sabrás cuando te permitas saberlo.

Colgó.

Benjamín se quedó con el teléfono en la mano mirando la campana sobre la mesa.

En las últimas semanas, mientras el mundo exterior había ido cerrando el espacio disponible con la lógica implacable de los sistemas institucionales que se mueven despacio pero que cuando se mueven no se detienen, Benjamín había estado pensando en una cosa que no había compartido con nadie.

Pensaba en Werner Hoffmann, cuatro días sin dolor después de cuatro meses de dolor constante.

Pensaba en Stefan con el puño cerrado.

Pensaba en la nota del cuaderno: *lo que no resuelve sino que atenúa genera dependencia.*

Y pensaba en que había una diferencia entre la dependencia de algo que no puede controlarse y la privación de algo que existe y que ha sido deliberadamente ocultado.

Jakob había sido privado.

Todos los que podrían haber estado frente a esa campana en los veintisiete siglos anteriores habían sido privados, por las circunstancias o por el miedo o por la decisión de quienes consideraban que ciertas cosas debían permanecer ocultas para preservarlas o para preservar el poder que produce el conocimiento exclusivo.

La pregunta no era si usar la campana era correcto o incorrecto en abstracto.

La pregunta era para quién.

Y esa pregunta no tenía respuesta en ningún texto fenicio ni en ningún ritual masónico ni en ningún archivo de Londres ni de Edimburgo.

Esa pregunta solo podía responderse en el presente, con las personas que estaban presentes, en el tiempo que quedaba antes de que el mundo exterior tomara la decisión por él.

Benjamín escribió en el cuaderno la lista de lo que tenía y lo que no tenía.

Lo que tenía: la campana, los documentos, el equipo, los datos clínicos, a Rivka, a Stefan, a Kastner, al padre Bruckner, y una ventana de tiempo que Khalid había calculado en una semana o dos.

Lo que no tenía: la condición que el objeto requería para operar sobre él, una decisión tomada sobre qué hacer, y el tiempo suficiente para esperar a tenerla.

Cerró el cuaderno.

Afuera Jerusalén hacía lo que siempre hacía: existir con la densidad acumulada de todo lo que había ocurrido en ella y todo lo que estaba ocurriendo y todo lo que estaba a punto de ocurrir, sin privilegiar ninguna de las tres categorías porque para una ciudad de tres mil años las tres son parte del mismo continuo.

La campana estaba sobre la mesa.

El mundo exterior se acercaba.

Benjamín giró el anillo en el dedo y pensó en Jakob, que había llegado hasta algún punto de este mismo camino y no había podido terminar de recorrerlo.

Esta vez alguien iba a terminar de recorrerlo.

La pregunta era cómo.

CAPÍTULO 11

El uso

Múnich, una clínica privada

La reunión con la IAA ocurrió el martes siguiente y duró tres horas.

Rivka la condujo con la precisión de alguien que ha preparado una respuesta para cada pregunta posible y que tiene la experiencia suficiente para saber que las preguntas que importan raramente son las que uno anticipó. Benjamín estuvo presente como investigador principal, respondió lo que le preguntaron con la exactitud técnica que la situación requería, y administró el silencio en los momentos donde el silencio era más útil que la explicación.

La documentación que presentaron era completa en los sectores autorizados e irreprochable en su forma. Los inspectores de la IAA eran profesionales que sabían distinguir entre lo que los documentos decían y lo que los documentos no decían, pero también sabían que la diferencia entre las dos cosas requería evidencia y no intuición para convertirse en un problema formal.

Al terminar la reunión, el inspector principal, un hombre de unos cincuenta años llamado Gideon Saar que llevaba veinte en la institución y que tenía esa mirada específica de quien ha visto suficientes proyectos irregulares como para reconocer los patrones sin necesitar los detalles, le dijo a Rivka con una calma que era también una advertencia:

—El proyecto tiene autorización hasta finales de mes. Si para entonces no hay una solicitud de extensión con documentación completa del sector norte, el permiso vence automáticamente y el sitio queda bajo supervisión institucional directa.

—Entendido —dijo Rivka.

—Bien —dijo Gideon Saar, y recogió sus papeles con el gesto de alguien que ha dicho lo que tenía que decir y está dispuesto a esperar las consecuencias de haberlo dicho.

En el taxi de vuelta al apartamento, Rivka dijo:

—Tienes tres semanas.

—Lo sé —dijo Benjamín.

—¿Es suficiente?

—Tiene que serlo —dijo Benjamín.

Esa noche llamó a Stefan Weiss.

—Necesito usar la campana una vez más —dijo—. Antes de que el tiempo se agote. Con Werner Hoffmann, si él acepta. Y con los dos colegas tuyos presentes.

Un silencio breve.

—¿Por qué Hoffmann específicamente? —dijo Stefan.

—Porque necesito saber hasta dónde llega —dijo Benjamín—. No como dato clínico. Como dato moral. Antes de decidir qué hago con esto, necesito saber lo que estoy decidiendo.

Stefan tardó un momento en responder.

—Hoffmann está en Munich —dijo—. Su estado ha empeorado en las últimas dos semanas. El tumor ha progresado. —Una pausa—. Sigue dentro de la ventana de tiempo que los médicos calcularon, pero está más cerca del límite que antes.

—¿Aceptará?

—Le pregunto mañana —dijo Stefan—. Pero conociéndolo, sí.

Werner Hoffmann aceptó.

Lo hizo con la misma simplicidad de la primera vez, con esa serenidad específica de los enfermos terminales que han llegado a un acuerdo con su propio tiempo que la mayoría de las personas sanas no alcanzan. Cuando Stefan le explicó que se trataría de una segunda sesión con el mismo instrumento, más larga que la anterior y con un protocolo más estructurado, Hoffmann preguntó dos cosas: si había riesgo de daño y si los resultados servirían para algo más allá de él.

Stefan respondió que no había evidencia de daño en las sesiones previas, y que lo que se aprendiera sería documentado con la precisión necesaria para que tuviera valor más allá de cualquier caso individual.

—De acuerdo —dijo Hoffmann—. Entonces tiene sentido.

Benjamín viajó a Múnich con la campana en el equipaje de mano, envuelta en el material de preservación dentro de un estuche de instrumentos musicales que no levantaba preguntas en los controles de seguridad porque técnicamente era exactamente lo que parecía.

El padre Bruckner viajó desde Roma. Irene Kastner llegó desde Berlín con equipo de medición actualizado que incluía sensores de campo electromagnético que había añadido al protocolo después de observar en las sesiones anteriores unas variaciones que no podía atribuir a causas acústicas convencionales.

La clínica de Stefan en Schwabing era un edificio de cinco plantas con fachada de piedra gris que no anunciaba nada particular sobre lo que ocurría dentro, que era también la descripción más exacta de Stefan Weiss como profesional: eficiente, discreto, completamente orientado a lo que funcionaba antes que a lo que impresionaba.

La sala que había preparado para la sesión era la más grande de la planta de consultas, con la acústica adecuada y la iluminación que Kastner había especificado y el equipo clínico de monitorización que Madeleine Fournier y Klaus Berger consideraban indispensable.

Werner Hoffmann llegó en silla de ruedas, empujada por una enfermera que se retiró cuando le indicaron. Tenía peor aspecto que tres semanas antes, con esa delgadez que el glioblastoma produce en los estadios avanzados, pero los ojos tenían la misma claridad que Benjamín había observado en la primera sesión, esa claridad que no es ajena al sufrimiento sino que coexiste

con él de una manera que los que no han llegado a ese punto raramente comprenden desde afuera.

—¿Sigue siendo la misma campana? —dijo Hoffmann, mirando el estuche que Benjamín había dejado sobre la mesa auxiliar.

—La misma —dijo Benjamín.

—Bien —dijo Hoffmann—. Las cosas que funcionan no deberían cambiarse.

Madeleine Fournier hizo el registro clínico de base con la meticulosidad de alguien que sabe que lo que documente hoy será lo único registro disponible de algo que después será difícil de reproducir. Klaus Berger realizó el examen neurológico de referencia. Irene Kastner calibró los sensores. El padre Bruckner se sentó en una silla junto a la pared con los manos entrelazadas y esa atención suya de quien ha aprendido a estar completamente presente sin interferir con lo que está presente.

Rivka Alon estaba de pie junto a la ventana. Era la primera vez que veía la campana en una sesión activa, y Benjamín observó que la miraba con la expresión específica de los arqueólogos cuando un objeto que han estudiado en fotografías aparece ante ellos en su dimensión real: una mezcla de reconocimiento y de algo más difícil de clasificar, como si el objeto en presencia tuviera una cualidad que las imágenes no transmitían.

Benjamín descubrió la campana y la colocó en la posición que el protocolo especificaba.

La sala guardó silencio con esa espontaneidad que no se organiza sino que ocurre cuando las personas en un espacio han llegado simultáneamente a la comprensión de que lo que va a ocurrir merece atención completa.

Benjamín tomó el malet.

Se detuvo.

En los meses anteriores había ejecutado la secuencia docenas de veces con la competencia técnica que la práctica produce, siempre desde la posición de observador que era su posición habitual, siempre con la parte de sí mismo que analizaba activa y disponible, siempre sin acceso a lo que el objeto ofrecía aunque lo ejecutara correctamente.

Esa noche, en esa sala, con Werner Hoffmann en la silla de ruedas y el padre Bruckner junto a la pared y Rivka junto a la ventana y todos los demás en sus posiciones, Benjamín pensó en algo que no había pensado de esa manera antes.

Pensó en Hanna.

No en lo que Hanna le había dicho. En cómo lo había dicho. En la voz de una mujer de ochenta y un años en un apartamento de Múnich en noviembre de 1987, en la lámpara de la mesilla y el cajón abierto y el anillo frío entre los dedos de un niño que no sabía todavía lo que estaba recibiendo. En la manera en que Hanna lo había mirado, no con la mirada de quien transmite

una instrucción sino con la mirada de quien reconoce en otro algo que no puede nombrarse pero que se reconoce.

Pensó en Jakob, que había muerto en Dachau sin terminar lo que había empezado. En todos los que habían muerto en Dachau. En lo que se había perdido no solo como vidas sino como continuidad, como conocimiento, como la capacidad de llegar hasta ciertos lugares que requieren de un camino largo y sin interrupciones.

Pensó en Werner Hoffmann, que tenía tres a seis meses de pronóstico y que había preguntado si los resultados servirían para algo más allá de él.

Y pensó, por primera vez en cincuenta y dos años de existencia construida sobre el análisis y el control y la distancia segura de quien observa desde afuera, que quizás Hanna no le había dado el anillo para que encontrara la campana.

Quizás le había dado el anillo para que encontrara la manera de soltar lo que impedía que la campana le devolviera lo que ofrecía.

Que no era lo mismo.

Que era exactamente lo opuesto.

Benjamín miró el anillo en su dedo izquierdo durante un segundo.

Luego ejecutó la secuencia.

Los tres golpes en los puntos específicos, con los intervalos calculados, con el ángulo que la práctica había refinado. El sonido llenó la sala con esa cualidad suya de frecuencia que el cuerpo registra antes que los oídos, y esta vez Benjamín no se apartó de él con la parte observadora de su mente sino que simplemente lo dejó ocurrir, que era lo más cercano que podía llegar, en ese momento, a lo que el padre Bruckner llamaba disponibilidad.

No fue una transformación. No fue una revelación. Fue algo más parecido a una diferencia de temperatura, una variación leve en la manera en que el espacio de la sala existía durante los segundos que duró el sonido, algo que Benjamín no habría podido describir en términos que Irene Kastner pudiera medir aunque Kastner, en sus instrumentos, estaba registrando variaciones que tampoco podía describir en términos completamente convencionales.

Cuando el sonido se extinguió, la sala guardó silencio durante más tiempo que en las sesiones anteriores.

Werner Hoffmann tenía los ojos cerrados.

Los mantuvo cerrados durante un tiempo que Benjamín no midió esta vez.

Cuando los abrió, miró a Benjamín directamente, no a Stefan ni a los médicos sino a Benjamín, con esa expresión suya de claridad que coexiste con el sufrimiento.

—Esta vez fue diferente —dijo Hoffmann.

—¿En qué sentido? —dijo Stefan.

—En el sentido de que la primera vez el dolor desapareció —dijo Hoffmann—. Esta vez no es solo el dolor. Es como si hubiera más espacio. —Hizo una pausa, buscando las palabras con la paciencia de alguien que sabe que las palabras raramente son exactas para ciertas experiencias—. Como si el espacio que el tumor ocupa fuera el mismo pero yo fuera más grande que ese espacio.

Silencio.

Madeleine Fournier empezó a hacer las preguntas clínicas con una voz que tenía una textura diferente a la habitual. Klaus Berger preparó el equipo para el examen neurológico con los movimientos precisos de quien necesita hacer algo técnico para mantener el anclaje en lo conocido.

Benjamín estaba de pie junto a la mesa con el malet en la mano y el anillo en el dedo y algo que no sabía exactamente cómo nombrar en el lugar donde siempre había estado la parte de sí mismo que observaba desde afuera.

No era ausencia. Era diferencia.

El padre Bruckner lo miró desde su silla junto a la pared con esa expresión suya de quien ha esperado que algo ocurra durante mucho tiempo y reconoce cuando ocurre sin necesitar anunciarlo.

Rivka Alon seguía junto a la ventana. Benjamín notó que tenía los ojos húmedos, lo cual en Rivka era la señal más improbable y más inequívoca de que algo la había alcanzado de una manera para la que no tenía procedimiento.

Los datos clínicos de las horas siguientes produjeron lo que Stefan documentó esa noche en un informe que no iba a ningún archivo oficial: una reducción del cuarenta y tres por ciento en los marcadores inflamatorios de Hoffmann, una mejoría en los parámetros de presión intracraneal que Klaus Berger describió como estadísticamente inexplicable dado el estadio de la enfermedad, y una evaluación subjetiva del paciente que todos los presentes registraron en sus notas con las mismas palabras que había usado Hoffmann: más espacio.

No era una cura.

No resolvía nada en el sentido definitivo.

Pero era real, y su realidad era de la clase que no puede ignorarse sin una forma de deshonestidad que ninguno de los presentes estaba dispuesto a practicar.

Stefan llamó a Benjamín esa noche, tarde, cuando el resto se había retirado.

—¿Qué sentiste? —dijo Stefan, que era una pregunta que no habría hecho en ninguna circunstancia clínica convencional y que esa noche era la pregunta más relevante disponible.

Benjamín tardó en responder.

—Algo diferente a lo habitual —dijo—. No sé todavía cómo describirlo con precisión.

—¿Suficiente para lo que necesitas decidir?

Benjamín miró por la ventana del apartamento de Múnich los tejados de Schwabing, los mismos tejados que había mirado de niño desde el apartamento de Hanna a cinco minutos de ahí.

—Suficiente —dijo—. Creo que suficiente.

—¿Cuándo decides?

—Mañana —dijo Benjamín—. Necesito una noche para pensar.

Colgó.

Se sentó en el sillón con el estuche de la campana en la mesa frente a él y el cuaderno abierto y el anillo en el dedo, y estuvo pensando durante un tiempo que no midió en la pregunta que había escrito semanas antes: *¿para quién fue preservado?*

Tenía algo parecido a una respuesta ahora. No completa. No formulable en términos que resistieran el escrutinio de ninguna institución académica o religiosa o política. Pero real en el sentido en que son reales las cosas que se saben desde adentro antes de poder decirse desde afuera.

Había sido preservado para el momento en que alguien pudiera decidir conscientemente qué hacer con ello.

No para guardarlo. No para administrarlo. Para decidir.

Y la decisión, Benjamín lo sabía ahora con la claridad específica de quien ha llegado al punto de su propia búsqueda donde las preguntas académicas se disuelven en algo más personal y más urgente, la decisión no podía ser tomada por ninguna institución ni por ningún sistema ni por ningún grupo de interés de los que se acercaban desde distintas direcciones.

Solo podía ser tomada por él.

Que era, pensó, exactamente lo que Hanna había sabido cuando le puso el anillo en la mano a un niño de doce años y le dijo que cuando encontrara lo que buscaba lo reconocería.

No el objeto.

La decisión.

Abrió el cuaderno y escribió durante veinte minutos sin detenerse.

Cuando terminó, lo cerró.

Afuera, Múnich dormía con esa respiración regular de las ciudades que han aprendido a vivir con su propia historia sin que esa historia las paralice, que es una forma de sabiduría que no todas las ciudades alcanzan y que Múnich había tenido que aprender de maneras específicas y dolorosas.

Benjamín Klintsmann, nieto de Jakob, criado por Hanna, arqueólogo de la Freie Universität con veinticinco años de búsqueda y una campana en un estuche sobre la mesa, había tomado una decisión.

Mañana la ejecutaría.

CAPÍTULO 12

El dilema

Jerusalén, final

Regresó a Jerusalén el miércoles por la mañana con la campana en el estuche y la decisión en el cuaderno y esa sensación específica de los que han dormido poco pero bien, que es diferente al agotamiento porque tiene dirección.

Rivka lo esperaba en el apartamento de la calle Ramban. No lo había planeado así, o quizás sí lo había planeado y simplemente no se lo había dicho, que en Rivka eran cosas distintas pero que producían el mismo resultado. Estaba sentada a la mesa con dos tazas de café y los documentos del proyecto ordenados en tres grupos que Benjamín reconoció como la clasificación de alguien que ha estado pensando en lo mismo que él pero desde ángulos distintos.

—¿Cómo está Hoffmann? —dijo.

—Mejor de lo que debería estar clínicamente —dijo Benjamín, dejando el estuche sobre la mesa—. Lo que no es lo mismo que bien.

—Lo sé —dijo Rivka—. Stefan me llamó anoche.

Benjamín la miró.

—¿Cuándo empezaron a llamarse? —dijo.

—Cuando decidí que necesitaba información de fuentes distintas a ti —dijo Rivka, con una calma que no era reproche sino la descripción de una decisión práctica—. No te estoy espiando. Estoy haciendo lo que haría cualquier codirectora de un proyecto que tiene la mitad de la información que necesita.

Benjamín asintió. Era razonable. Era exactamente lo que habría hecho él.

—Bien —dijo—. Entonces sabes lo que ocurrió en Múnich.

—Sé lo que Stefan me contó —dijo Rivka—. Que fue diferente a las sesiones anteriores. Que Hoffmann describió algo que ninguno de los presentes supo clasificar con precisión. Y que tomaste una decisión sobre qué hacer con esto. —Hizo una pausa—. Lo que no me dijo, porque dice que no lo sabe, es cuál es esa decisión.

—Nadie lo sabe todavía —dijo Benjamín—. Excepto yo.

—¿Y me lo vas a decir?

—Sí —dijo Benjamín—. Pero primero necesito contarte lo que ocurrió ayer. Lo que ocurrió de verdad, no solo los datos clínicos.

Le contó. Le contó el momento antes de ejecutar la secuencia, el pensamiento sobre Hanna, la diferencia que había sentido durante el sonido, la reinterpretación del regalo del anillo que había llegado no como conclusión

intelectual sino como algo más parecido al reconocimiento que Hanna había descrito cuarenta años antes. Mientras hablaba, Rivka no tomó notas ni interrumpió. Lo escuchó con la misma atención con que escuchaba los estratos, buscando la lógica interna antes de formular ninguna interpretación.

Cuando Benjamín terminó, Rivka estuvo un momento en silencio.

—¿Lo que ocurrió contigo en la sesión fue verificable por los instrumentos de Kastner? —dijo.

—Kastner registró variaciones que no puede atribuir a causas convencionales —dijo Benjamín—. No son exactamente lo mismo que verificable. Son datos que no encajan en los marcos disponibles.

—Y que es exactamente la definición de lo que tienes sobre esa mesa —dijo Rivka, señalando el estuche.

—Sí —dijo Benjamín.

Rivka tomó el café, que seguía caliente, y lo bebió en silencio durante un momento.

—Dime la decisión —dijo.

Benjamín abrió el cuaderno en la página donde había escrito la noche anterior. La leyó en voz alta, no porque Rivka no pudiera leerla ella misma, sino porque ciertas decisiones requieren ser dichas en voz alta para tener el peso que merecen.

Lo que había escrito era esto:

La campana no puede guardarse ni ocultarse de nuevo sin que eso sea una forma de repetir lo que se hizo con Jakob y con todos los que vinieron antes. No puede entregarse a ninguna institución, porque ninguna institución existente tiene la capacidad de administrarla sin convertirla en poder exclusivo, que es exactamente lo que hace que las cosas importantes dejen de ser útiles. No puede hacerse pública de manera simple, porque la publicidad sin estructura produce caos y el caos destruye antes de que nadie pueda aprender nada.

Lo que puede hacerse es esto: documentar con la mayor precisión posible lo que existe, lo que hace y las condiciones en que lo hace, y colocar esa documentación en un lugar donde no pueda ser controlada por ningún actor único pero que tampoco sea inaccesible. Y usar la campana, mientras sea posible, con las personas que más la necesitan y en las condiciones que permitan aprender lo más posible sobre cómo funciona de verdad.

No es una solución. Es lo más honesto que puedo hacer con el tiempo que tengo.

Rivka escuchó hasta el final.

—¿Dónde está ese lugar donde la documentación no pueda ser controlada por un actor único? —dijo.

—No lo tengo todavía —dijo Benjamín—. Es la parte que requiere trabajo. Pero tengo personas en las que confío para construirlo. Tú, el padre Bruckner, Stefan, Kastner. Quizás Khalid, si acepta entender lo que tiene delante.

—¿Y la campana? ¿Cuánto tiempo puedes usarla antes de que el mundo exterior te la quite?

—Dos semanas —dijo Benjamín—. Quizás tres. Después de eso, la IAA va a tener acceso al sitio y la conversación con el Waqf se va a volver inevitable. En algún punto de ese proceso alguien va a preguntar directamente por el objeto y yo voy a tener que responder.

—¿Y qué vas a responder?

Benjamín miró el estuche durante un momento.

—La verdad —dijo—. Que existe. Que funciona. Que no sé completamente cómo ni completamente por qué. Y que he hecho lo posible para que lo que sé sobre ello no desaparezca independientemente de lo que pase con el objeto físico.

Rivka asintió despacio.

—Es una respuesta que va a crear problemas —dijo.

—Sí —dijo Benjamín—. Pero es la única que no crea un problema diferente y peor.

Las dos semanas siguientes fueron las más densas y las más extrañas de toda la investigación, que era decir mucho dado lo que había ocurrido en los meses anteriores.

Benjamín usó la campana cuatro veces más. Dos con Werner Hoffmann, que había viajado a Jerusalén porque dijo que prefería pasar el tiempo que le quedaba en lugares que tenían algo que decirle, y cuyas respuestas clínicas continuaron siendo lo que Stefan documentaba con la precisión meticulosa de alguien que sabe que está registrando algo que no tiene precedente y que esa responsabilidad requiere exactitud antes que interpretación. Una con una mujer de cuarenta años que Madeleine Fournier había propuesto y que tenía una esclerosis múltiple en estadio progresivo, cuyos resultados fueron más modestos que los de Hoffmann pero igualmente fuera del rango de lo clínicamente explicable. Una con el padre Bruckner, que no tenía ninguna condición clínica pero que quería, como le dijo a Benjamín con la honestidad directa que reservaba para las conversaciones importantes, *saber desde adentro lo que he estudiado desde afuera*.

Lo que el padre Bruckner le dijo después fue esto: —Ahora entiendo por qué los textos del período describen el Templo como un instrumento y no solo como un edificio. No porque produzca un efecto mecánico sobre quien está presente. Sino porque crea las condiciones para que algo que ya está presente se haga perceptible. —Hizo una pausa—. Es una distinción que la teología lleva dos mil años intentando formular y que este objeto demuestra en noventa segundos.

Benjamín lo registró en el cuaderno.

La documentación que el grupo fue construyendo en esas dos semanas era el trabajo más cuidadoso que Benjamín había producido en su vida académica, lo cual era una afirmación significativa dado lo que había producido antes. Incluía los análisis de Kastner, los datos clínicos de Stefan y sus colegas, las transcripciones del padre Bruckner sobre las inscripciones, las observaciones de Rivka sobre el contexto arqueológico y estratigráfico, y los propios registros de Benjamín sobre las condiciones, los efectos, las variables y las limitaciones. Era una documentación que no pretendía probar nada en el sentido que los sistemas institucionales reconocen como prueba. Pretendía describir con la mayor precisión disponible algo que existía independientemente de que los sistemas lo reconocieran.

El lugar donde colocarla fue una decisión colectiva que tomaron una tarde en el apartamento de la calle Ramban con el padre Bruckner por videoconferencia desde Roma y Kastner desde Berlín. No era un archivo único. Era un sistema de copias distribuidas en lugares suficientemente distintos como para que ningún actor pudiera controlarlas todas simultáneamente: la biblioteca personal de Stefan en Múnich, los archivos del padre Bruckner en Roma con instrucciones de distribución en caso de que algo le ocurriera, una copia cifrada en un servidor que Kastner administraba, y un sobre sellado en el despacho de Benjamín en la Freie Universität con instrucciones para abrirlo bajo condiciones específicas.

Era imperfecto. Benjamín lo sabía. Rivka lo sabía. Todos lo sabían.

Era lo más honesto que podían hacer con el tiempo que tenían.

La presión institucional llegó el jueves de la segunda semana, en la forma de una visita no programada de Gideon Saar de la IAA acompañado de dos colegas y un representante del Waqf que Benjamín reconoció como uno de los asesores de Khalid Mansour. Venían con documentación que autorizaba una inspección directa del sitio, que era el paso que la IAA había anunciado como consecuencia del vencimiento del permiso.

Rivka los recibió en la oficina del proyecto con la calma de quien ha preparado esa conversación durante semanas. Benjamín estaba presente. Khalid también, en su papel de representante geotécnico, con esa expresión suya que no revelaba nada sobre lo que sabía excepto para quien supiera leerla.

La inspección del sitio ocurrió ese mismo día. Los inspectores encontraron la cavidad. La encontraron porque Benjamín no había tomado medidas para ocultarla después de la primera incursión, lo cual era una decisión que en su momento había parecido provisional y que a estas alturas era irreversible.

Gideon Saar examinó la cavidad durante un tiempo considerable, con la linterna y los instrumentos que había traído, y cuando salió tenía una expresión que Benjamín no había visto antes en su cara: no la expresión del funcionario que ha encontrado una irregularidad que debe procesar, sino la de alguien que ha encontrado algo para lo que sus categorías habituales son insuficientes.

—¿Qué había aquí? —dijo Saar, dirigiéndose a Benjamín con una franqueza que prescindía del protocolo habitual.

—Un objeto —dijo Benjamín—. De período incierto, probablemente anterior al período herodiano. Con propiedades que no corresponden a ninguna categoría arqueológica conocida.

—¿Dónde está ahora?

—Conmigo —dijo Benjamín.

Un silencio.

—Necesito verlo —dijo Saar.

—Lo verás —dijo Benjamín—. Pero primero necesito que escuches lo que tengo que decirte. Todo lo que tengo que decirte. Porque lo que encontré no puede manejarse con los protocolos habituales de la IAA, y si intentas aplicarlos vas a producir exactamente el resultado que ninguno de nosotros quiere.

Gideon Saar lo miró durante un momento con la expresión de alguien que evalúa si lo que acaba de escuchar es la maniobra dilatoria de un investigador que quiere tiempo o algo diferente.

Debió concluir que era algo diferente.

—Tienes una hora —dijo.

Benjamín habló durante cincuenta minutos. Le contó lo mismo que le había contado a Rivka, con la misma completitud y la misma honestidad, con los documentos y los datos y sin omitir nada que fuera relevante incluidas las incursiones no autorizadas cuyas consecuencias legales aceptaba. Le entregó una copia de la documentación que el grupo había compilado. Y al terminar, sacó el estuche de la mochila que había traído y lo abrió sobre la mesa de la oficina del proyecto.

Gideon Saar miró la campana durante un tiempo largo.

El representante del Waqf, cuyo nombre era Tariq Khalidi y que había escuchado todo el relato en silencio con una atención que Benjamín había notado pero no podido leer completamente, se levantó de su silla y se acercó a la mesa. Miró la campana. Luego miró a Khalid Mansour, que también se había acercado.

Los tres hombres, el funcionario israelí, el representante islámico y el ingeniero palestino, estaban de pie frente a un objeto que ninguno de ellos había esperado encontrar en una propiedad de las inmediaciones del Monte del Templo, y que los tres, Benjamín lo vio con la claridad de quien observa algo que importa, miraban con la misma expresión que había visto antes en el padre Bruckner y en Rivka y en Werner Hoffmann: más pequeña de lo que esperaban, y más pesada.

—¿Qué hace exactamente? —dijo Tariq Khalidi.

—Lo que hacía cuando fue construida —dijo Benjamín—. Que es lo que las inscripciones describen como preservar el aliento. Con todas las limitaciones

e incertidumbres que eso implica en términos que los sistemas modernos puedan manejar.

Khalidi asintió despacio, como si esa respuesta fuera la que había esperado aunque no la que había calculado.

Gideon Saar recogió la copia de la documentación.

—Necesito tiempo para leer esto —dijo—. Y necesito consultar con personas que no están en esta sala antes de tomar ninguna decisión sobre el protocolo a seguir.

—Lo sé —dijo Benjamín—. Tienes todo el tiempo que necesites. La documentación está en varios lugares que no dependen de que yo esté disponible para acceder a ella. Lo que no puedo garantizar es que el tiempo que tomes sea suficiente para manejar lo que va a ocurrir cuando esto trascienda los límites de esta sala, que ocurrirá independientemente de lo que cualquiera de nosotros decida.

Saar lo miró.

—¿Y tú? —dijo—. ¿Qué quieres que ocurra con esto?

Benjamín consideró la pregunta durante un momento.

—Que sirva para lo que fue construido —dijo—. Y que lo que sabemos sobre cómo funciona no desaparezca, independientemente de lo que pase con el objeto físico.

La reunión terminó sin conclusión definitiva, que era la única conclusión posible en ese momento. Gideon Saar y Tariq Khalidi se fueron con la documentación y con la expresión de personas que han recibido algo para lo que todavía no tienen un lugar donde colocarlo. Khalid Mansour se quedó un momento después de que los otros salieran y le dijo a Benjamín, en voz baja:

—Lo hiciste bien.

—No sé si lo hice bien —dijo Benjamín.

—Lo hiciste de la única manera que no destruía lo que encontraste antes de que nadie pudiera aprender de ello —dijo Khalid—. Que no es lo mismo que bien, pero en este contexto es lo más cercano disponible.

Salió.

Rivka y Benjamín se quedaron solos en la oficina del proyecto con la campana sobre la mesa y la tarde de Jerusalén afuera, esa tarde específica de esa ciudad que hace que todo parezca estar ocurriendo en el interior de algo más viejo y más paciente que cualquier problema humano.

—¿Terminó? —dijo Rivka.

—No —dijo Benjamín—. Empezó.

Rivka asintió como si esa respuesta fuera exactamente la que esperaba.

—¿Qué pasa con Hoffmann? —dijo.

—Hoffmann tiene sus sesiones documentadas —dijo Benjamín—. Y tiene el número de Stefan. Lo que ocurra a partir de aquí con la campana depende

de conversaciones que todavía no han ocurrido. Pero la documentación existe, y la documentación es lo que permite que las conversaciones ocurran.

—¿Y si la IAA decide confiscarla?

—Pueden confiscar el objeto —dijo Benjamín—. No pueden confiscar lo que sabemos sobre él. Que era exactamente la distinción que faltó en 586 antes de Cristo cuando los babilonios entraron en el Templo.

Rivka lo miró durante un momento.

—¿Crees que fue esto lo que sacaron antes de que llegaran?

—No lo sé —dijo Benjamín—. Pero creo que quienquiera que lo sacó entendió esa misma distinción. Que el objeto era menos importante que el conocimiento del objeto. Y que el conocimiento podía sobrevivir al objeto si alguien se tomaba el trabajo de preservarlo correctamente.

Se quedaron en silencio durante un momento, los dos mirando la campana que había esperado veintisiete siglos en un nicho de piedra y que ahora estaba sobre una mesa en Jerusalén con el mundo institucional reorganizándose a su alrededor con la lentitud y la inevitabilidad de los sistemas que no se apresuran porque no necesitan apresurarse.

Benjamín giró el anillo en el dedo.

Pensó en Jakob, que había llegado hasta algún punto de este camino antes de que Dachau lo interrumpiera. Pensó en que Jakob no había llegado hasta aquí. Pensó en que había llegado él en su lugar, con cuarenta años de retraso y con el anillo en el dedo y una cavidad vacía en el subsuelo de Jerusalén que había devuelto lo que alguien había colocado ahí con la esperanza de que llegara el momento correcto.

No sabía si era el momento correcto.

Sabía que era el momento que tenía.

Y sabía, con la claridad específica de quien ha pasado cincuenta y dos años construyendo la capacidad de saber ciertas cosas y que ha aprendido en los últimos meses que ciertas otras cosas requieren un tipo diferente de conocimiento, que había hecho lo que podía hacer con honestidad.

El resto dependía de conversaciones que todavía no habían ocurrido y de decisiones que otras personas iban a tomar con la información que él había podido darles.

Que era, pensó, exactamente como debía ser.

La campana estaba sobre la mesa.

Afuera, Jerusalén hacía lo que siempre hacía.

Existir.

EPÍLOGO

Lo que preserva

Múnich, tiempo después

El apartamento de Schwabing estaba vacío.

No en el sentido de los apartamentos que nunca han sido habitados, que tienen un vacío neutro y sin temperatura, sino en el sentido de los que han sido habitados durante mucho tiempo y que después de quedar vacíos conservan en cada superficie la memoria de la presencia que los llenó, como si los objetos hubieran aprendido a guardar lo que los años depositan en ellos con la misma fidelidad con que ciertas aleaciones guardan el sonido.

Benjamín Klintsmann entró por última vez.

El proceso legal en Jerusalén había durado ocho meses y había producido lo que él había calculado que produciría: una multa considerable, la inhabilitación temporal del proyecto arqueológico, y una disputa de custodia sobre la campana que seguía sin resolverse en los tribunales israelíes porque la campana tenía el problema específico de los objetos que no encajan en ninguna categoría legal existente y que por eso circulan indefinidamente entre jurisdicciones que no saben cómo clasificarlos. La IAA la tenía en depósito provisional. El Waqf seguía reclamando. Los contactos romanos habían enviado una delegación que se había reunido con ambas partes sin resultado visible. Tres grupos académicos internacionales habían presentado solicitudes de acceso para estudio que ninguna de las instituciones reclamantes había concedido todavía.

La documentación, en cambio, había tenido una vida diferente.

En ocho meses había sido descargada desde los repositorios académicos más de cuarenta mil veces. Había generado cuatro artículos de revisión en revistas especializadas, dos rechazos explícitos de sus conclusiones por instituciones que preferían no examinar la evidencia con demasiada atención, y un congreso internacional en Viena al que habían asistido arqueólogos, físicos acústicos, médicos, filólogos e historiadores de las religiones en proporciones que habrían resultado imposibles en cualquier otro contexto académico. Irene Kastner había presentado los datos acústicos. Madeleine Fournier había presentado los datos clínicos con una precisión que sus colegas no podían refutar aunque tampoco pudieran explicar dentro de los marcos disponibles. El padre Bruckner había dado la conferencia de apertura sobre las tradiciones paralelas con la elegancia de quien ha esperado décadas para decir en público lo que ha sabido en privado durante todo ese tiempo.

Werner Hoffmann había muerto cuatro meses después de la segunda sesión, que era dentro del pronóstico que sus médicos habían calculado. En los cuatro meses que habían mediado entre la sesión y su muerte, su familia reportó que el dolor había sido manejable de una manera que los médicos clasificaron como atípica para el estadio de la enfermedad. Hoffmann había dicho en la última conversación que Stefan le documentó que lo que recordaba con mayor claridad de la sesión no era la ausencia de dolor sino la sensación de que había más espacio. Que eso había sido suficiente.

Benjamín había pensado en eso muchas veces en los meses siguientes.

Había pensado también en la pregunta que había escrito en el cuaderno el primer día en Jerusalén: *¿para quién fue preservado?*

No tenía una respuesta completa. Tenía algo más parecido a una comprensión provisional que era también la única honesta disponible: había sido preservado para quien pudiera usarlo sin apropiárselo. Para quien pudiera encontrarlo sin pretender que el hallazgo lo convertía en su propietario. Para quien pudiera entender que la función de ciertas cosas no es ser poseídas sino estar disponibles.

Jakob no había llegado a esa comprensión, no por falta de capacidad sino por falta de tiempo. Dachau lo había interrumpido antes.

Benjamín había llegado. Con cuarenta años de retraso respecto a Jakob y con los tropiezos específicos de quien ha construido toda su vida sobre el control y ha tenido que aprender, tarde y torpemente, a soltarlo aunque sea parcialmente.

Era suficiente. O era lo que había.

El apartamento de Schwabing olía a ese polvo específico de los espacios cerrados durante meses, mezclado con algo más antiguo que el polvo, ese olor de los lugares que han contenido una vida larga y que lo retienen aunque la vida ya no esté. Las habitaciones eran pequeñas, como las recordaba. La ventana desde la que de niño había mirado los tejados de Múnich daba ahora a los mismos tejados aunque todo lo demás hubiera cambiado.

Benjamín recorrió el apartamento con la lentitud de quien se despide de algo que no volverá a ver en las mismas condiciones.

En la habitación de Hanna se detuvo.

La mesilla de noche estaba todavía ahí, que era lo único que quedaba porque el resto del mobiliario había sido retirado por la empresa que gestionaba la venta. La mesilla con su cajón cerrado y su lámpara ausente y la marca en el suelo donde había estado la cama durante décadas.

Benjamín abrió el cajón.

Estaba vacío. Como tenía que estar. El anillo había salido de ahí hacía cuarenta años y ya no era razonable esperar que hubiera algo más.

Pero miró de todas formas, porque hay gestos que se hacen no para encontrar sino para completar algo que de otro modo quedaría incompleto.

Cerró el cajón.

Se quedó de pie junto a la ventana durante un tiempo mirando los tejados de Schwabing bajo un cielo de octubre que tenía esa luz específica de Múnich en otoño, esa luz que Benjamín había aprendido a asociar con el principio de las cosas importantes porque era la luz del día en que Hanna le había puesto el anillo en la mano.

Se quitó el anillo.

Lo sostuvo en la palma durante un momento, ese metal oscuro más pesado de lo que su tamaño sugería, con la calavera sobre el triángulo y los cincuenta y dos años de su vida en el dedo que lo había llevado.

Lo colocó sobre el alféizar de la ventana.

No fue un gesto dramático. Fue un gesto simple, del tipo que se hace cuando algo ha llegado a su forma final y ya no requiere ser llevado más lejos porque el lugar al que debía llegar es este.

Si alguien lo encontraba, que supiera que había pertenecido a un hombre que sabía cosas que muy pocos sabían. Que ese hombre lo había recibido de una mujer que lo había guardado de otro hombre que murió antes de terminar lo que había empezado. Que el recorrido había durado casi un siglo y que había terminado no con un triunfo ni con una derrota sino con algo más parecido a la comprensión de que ciertas cosas no se terminan, se continúan, y que la continuación no siempre requiere del mismo objeto ni de la misma persona sino simplemente de alguien dispuesto a seguir.

Benjamín salió del apartamento.

Cerró la puerta.

Bajó las escaleras de piedra que habían sonado de la misma manera durante décadas y que sonaron igual ese día, con esa indiferencia específica de los materiales que no distinguen entre los tránsitos ordinarios y los definitivos porque para la piedra todos los tránsitos son iguales.

Salió a la calle.

Múnich lo recibió con el ruido y la luz de una ciudad que seguía siendo lo que era independientemente de lo que acababa de ocurrir en un apartamento de Schwabing, lo cual era también una forma de respuesta a la pregunta sobre el sentido de las búsquedas individuales: el mundo no se detiene cuando alguien encuentra lo que buscaba, pero tampoco es exactamente el mismo.

Benjamín caminó.

Sin dirección particular al principio, y luego con la dirección que se fue haciendo visible a medida que caminaba, que era la estación de tren, que era el tren a Berlín, que era el despacho de la Freie Universität con los tres cajones del archivador y los artículos sobre el período del Primer Templo y los estudiantes que esperaban que alguien les enseñara a hacer preguntas que no tuvieran respuesta fácil.

Había trabajo que hacer.

No el mismo trabajo de antes. Diferente, porque él era diferente, aunque no completamente diferente porque uno no cambia en su totalidad sino en la medida en que puede y esa medida raramente es toda.

Pero suficiente.

Iba suficientemente cambiado para que lo que hiciera a continuación fuera distinto a lo que habría hecho antes.

Que era, pensó mientras esperaba el tren en la estación central de Múnich con el andén lleno de personas que tenían sus propios recorridos y sus propias búsquedas y sus propias heredades que no sabían todavía que llevaban, exactamente lo que Hanna había esperado que ocurriera cuando le puso en la mano un anillo frío en noviembre de 1987 y le dijo que cuando encontrara lo que buscaba lo reconocería.

No el objeto.

La posibilidad de ser alguien que pudiera usarlo.

El tren llegó.

Benjamín subió.

Y el sonido del Templo, que había preservado durante veintisiete siglos lo que no debía perderse, siguió preservándolo de la única manera en que las cosas realmente importantes se preservan: no en los objetos que las contienen sino en las personas que las entienden y las continúan.

Como siempre.

Como todavía.